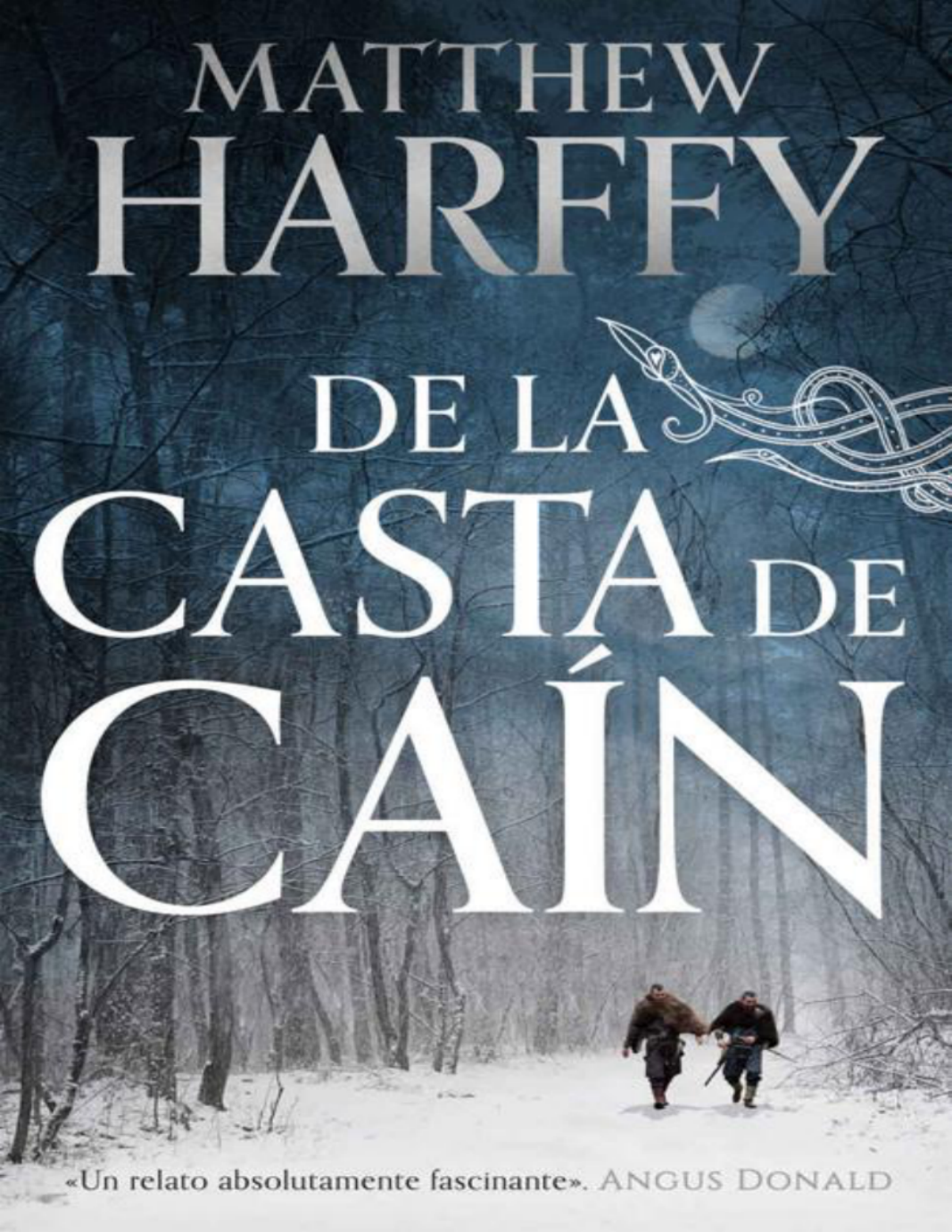
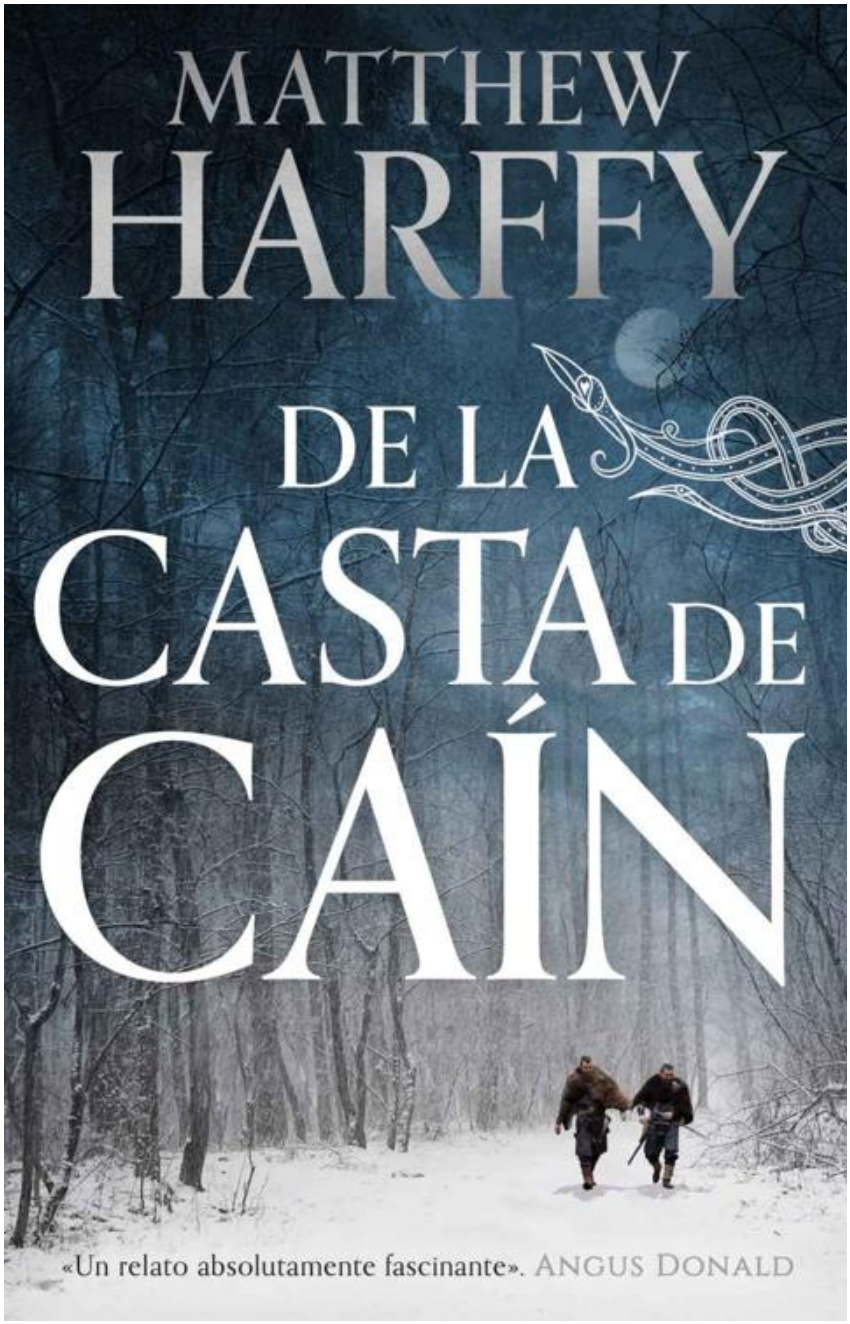
MATTHEW HARFFY

DE LA CASTA DE CAÍN



«Un relato absolutamente fascinante». ANGUS DONALD


MATTHEW
HARFFY
DE LA
CASTA DE
CAÍN
«Un relato absolutamente fascinante». ANGUS DONALD

DE LA CASTA DE CAÍN

MATTHEW HARFFY

TRADUCCIÓN
Mariana Planas

Título original: *Kin of Cain*

© 2017 Matthew Harffy

Traducción: Mariana Planas

Cubierta: Ben Prior Design

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

www.matthewharffy.com

Para Alex, el mejor de los amigos y compañero de viaje por innumerables mundos fantásticos.

Anno Domini Nostri Iesu Christi

En el año de Nuestro Señor Jesucristo

630

Contenido

Contenido
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Diecinueve
Nota del autor
Agradecimientos
Acerca de Matthew Harffy

Uno

Un grito silenció la sala de hidromiel, al igual que una bofetada calla a un niño ruidoso. Un escalofrío corrió a través de la multitud. Las frágiles sonrisas morían en los labios para transformarse de manera rápida en rostros de pánico. El barullo cálido que se había sentido minutos antes se rompió con facilidad, como la fina capa de hielo que se formaba en los charcos del patio. Uno de los perros de caza, que se encontraba echado junto al fuego mientras roía un hueso, alzó la mirada y gimió.

Ælfhere, el poeta, dejó de tocar la lira. Las últimas notas musicales quedaron flotando en el aire. Octa apoyó el cuerno con aguamiel del que estaba bebiendo, y aunque tenía los sentidos embotados por la bebida, no podía evitar sentir cómo se le erizaban los vellos de la nuca con el grito de sufrimiento que venía de afuera. Se volvió hacia su amigo, Bassus, quien se encontraba sentado a su izquierda. El enorme guerrero tenía el ceño fruncido. Sus miradas se cruzaron. Bassus trató de decir algo, pero antes de que pudiera hablar, otro alarido irrumpió en la helada noche y enmudeció al gran salón. Se escuchaban palabras en ese grito.

—¡El caminante nocturno! ¡El *sceadugenga* trae la muerte! El que camina en la noche. El que trae la oscuridad.

Octa sentía como si unos dedos huesudos y terroríficos le rasguñaran la columna. Se estremeció, pero esperó que ninguno de los guerreros lo hubiese notado. No había pasado mucho tiempo desde que formaba parte del séquito del rey, de sus *gesithas*, y sabía que algunos de los hombres lo observaban con cautela.

Habían comido, bebido y festejado para tratar de olvidar a aquel que merodeaba en los oscuros senderos del invierno. Habían rezado, algunos a los antiguos dioses, otros al nuevo dios cristiano del rey con la esperanza de que el demonio nocturno solo fuera un animal salvaje. Un hombre podía cazar a un animal, las flechas atravesarían la carne de un lobo o de un oso; pero en el fondo todos sabían que escucharían más lamentos en la noche, más muerte acechando en las sombras.

Aunque pocos de los que estaban en la sala habían visto los restos de las personas asesinadas por la bestia, los relatos de los cuerpos desgarrados y desnudos con los huesos destrozados y las extremidades removidas habían llegado a los oídos de todos. En efecto, no era obra de un animal. Se trataba de otra cosa, algo maldito.

Al frente de la sala, la imponente figura del rey se puso de pie. Edwin, rey de Deira y Bernicia, señaló hacia el final del salón donde se encontraban los custodios de las puertas.

—¡Abran las puertas! —ordenó.

El más bajo de los dos guardianes dudó. Se sintió un murmullo en el lugar. Muchos de los que se encontraban allí no querían que los pesados portones de madera permanecieran abiertos durante la noche. ¿Quién sabía los horrores que moraban en la oscuridad?

—¿Mi señor?

—¡Ya me escucharon! —dijo Edwin—. ¡Ábranlas!

Se oyó otro grito, esta vez más cerca.

—Soy el rey del pueblo de estas tierras. No los abandonaré afuera en la oscuridad mientras nos deleitamos junto al resplandor del fuego en mi salón. ¡Abran las puertas! ¡Ahora!

—Espere, mi señor —repuso Bassus con voz resonante que hizo que el guardia no levantara la tranca de madera.

Edwin miró al guerrero arqueando una ceja ante la interrupción.

—Por supuesto que tiene razón —sostuvo Bassus—, pero primero armémonos. No sabemos lo que nos espera detrás de las paredes de Gefrin.

Edwin asintió. Con rapidez, los guardias les entregaron las armas que los guerreros habían dejado bajo su cuidado. Una sala repleta de hombres borrachos y armados con espadas y cuchillos no era prudente, por eso la precaución. Sin embargo, la protección del rey y de la sala era lo más importante ahora.

Octa recuperó el cuchillo que su tío le había obsequiado. Tenía una suave empuñadura de cuerno de ciervo que lo reconfortaba al tocarla. Por un momento, su mente se inundó con recuerdos de su hogar en Cantware. Edita y Rheda. Su madre. Beobrand, su hermano

¿Los volvería a ver? Cada vez que pensaba en ellos sentía remordimiento y un poco de culpa por haberlos abandonado, pero Bernicia se había transformado en su hogar. Edwin era su rey y los hombres a su alrededor, sus compañeros de batalla.

Se alistó con el resto de los guerreros cerca de las puertas del gran salón de Gefrin. Las mujeres y los niños, junto con los sacerdotes y la reina, se refugiaban en el otro extremo de la habitación. El hedor a miedo apestaba el aire al mismo tiempo que se oía otro gemido.

—¡Abran las puertas! —clamó Edwin.

Los guardias levantaron la tranca y empujaron los portones. El aire helado de la noche cortó la calidez de la sala como una estalactita penetra la carne blanda. Por un momento, nadie respiró. El gran salón permanecía en silencio, todos los ojos observaban la negrura de la noche. Entonces, una figura terrorífica, furiosa y bañada en sangre salió de la oscuridad y se acercó a la puerta. Entró tambaleándose. Los ojos le brillaban en la máscara de sangre que llevaba. Tenía la boca abierta, pero ningún grito de otro mundo salió de ella, solo palabras rápidas y descontroladas de desesperación. Sin dudarlo, los hombres retrocedieron, solo deseaban alejarse del demonio. Las mujeres se quedaron sin aliento. Paulinus, el sacerdote que vestía una túnica oscura, levantó el amuleto que llevaba en el cuello y recitó unas palabras mágicas en el idioma secreto de los seguidores de Cristo.

—¡Ayúdenme! ¡Ayúdenme! El *nihtgenga* ha venido. Los mató, los mató a todos —dijo balbuceando la figura al mismo tiempo que tropezaba.

No era ni el caminante nocturno ni un demonio. Era un hombre.

Octa fue el primero en reaccionar. Dio un paso hacia adelante para atrapar al pobre desgraciado antes de que cayera sobre el suelo cubierto de juncos. Estaba helado como los huesos de los muertos y temblaba igual que un niño con fiebre. Tenía la piel pegajosa por la sangre que lo cubría.

—¡Rápido! —ordenó Octa. Su voz hizo que los *thegns*, los mejores guerreros del reino, entraran en acción—. ¡Un banco, aquí,

junto al fuego! Se congelará. Necesitamos agua caliente.

Aunque su tono de voz demandaba ser escuchado, se hizo una pausa. El joven hombre de Cantware no era quien estaba a cargo. La gente fijó la mirada en su líder. El rey Edwin asintió con la cabeza y la sala cobró vida una vez más. Sentaron al hombre junto al fuego. Sostenía un vaso de aguamiel en la mano. Tal era el miedo, que el líquido se derramaba en su barba mientras bebía. Gotas de ámbar se aferraban al pelo enmarañado. Un esclavo trajo un recipiente con agua e hizo lo que pudo para limpiar la espesa sangre de su rostro.

Una vez más, cerraron y trabaron las puertas, pero todo permanecía en silencio. Esperaron a que vaciara su vaso. El ambiente en la sala era tan tenso como la cuerda de un arco. Edwin caminó hacia adelante y le hizo un gesto con la cabeza a Octa mientras pasaba. Llevaba una piel de oso en las manos e hizo que cubrieran al hombre que temblaba sin parar. Retrocedió como si se hubiese quemado, alejándose del rey.

—Tranquilo —dijo Edwin con voz calma, como cuando se le habla a un animal asustado—. Yo soy tu rey. No quiero hacerte daño. Es la piel de un oso que maté hace años. Te mantendrá caliente. —Edwin notó algo en la expresión del hombre. Una señal de entendimiento—. El animal está muerto. Derribé a la bestia y la maté con mis propias manos. No puede lastimarte.

El séquito del rey, su *comitatus*, se acercó para poder escuchar. Edwin les lanzó una mirada severa y los hombres retrocedieron.

Un tronco, que se convertía en brasas, tronaba en el fuego. Las chispas se disparaban hacia el techo manchado de humo.

El hombre se movió de repente al escuchar el sonido, y no fue el único.

—Te he dicho mi nombre —sostuvo Edwin con voz suave—. ¿Cuál es el tuyo?

Por un momento, parecía perdido. Sus ojos se giraban hacia los espectadores. El rey esperaba pacientemente. Al fin, habló.

—Soy Banstan, hijo de Banstan.

—Bienvenido al gran salón de Gefrin, Banstan. Ahora, dime qué te sucedió.

El hombre tragó con dificultad y miró su vaso vacío. El rey tomó una jarra de barro de la mesa y le sirvió más aguamiel. Banstan bebió un largo trago y luego lanzó un suspiro tembloroso.

—Se nos vino encima de la nada. Todo estaba en silencio hasta que comenzó la matanza. Breca y yo estábamos trayendo las ovejas. —El pastor arrugó el rostro y le empezaron a caer lágrimas—. Breca… —dijo con voz apagada.

Algo en el sufrimiento del hombre hizo que Edwin le preguntara:

—¿Tu hijo?

Banstan asintió con la cabeza. Soltó un sollozo y se envolvió en la manta de piel de oso, balanceándose hacia adelante y hacia atrás.

—¿Qué pasó? ¿Qué fue lo que los atacó? —preguntó el rey.

—Era un gigante. Se acercaba rápido caminando en dos piernas. Parecía un hombre, pero no era humano. Antes de darnos cuenta, le arrancó la cabeza a una de las ovejas; fue igual de fácil que cortar una espiga de cebada de un tallo. Breca era más rápido que yo. Era un chico fuerte… —Las palabras le quedaron atrapadas en la garganta.

—¿Tu hijo era valiente, cierto? ¿Qué hizo?

—Sí, valiente y fuerte —continuó Banstan. El orgullo que sentía por él le daba fuerzas para hablar—. Corrió hacia la bestia con su lanza, pero no le hizo daño.

—¿No la lastimó?

—La lanza era de hierro bueno, fuerte y filoso; sin embargo, rebotó en la piel de la criatura como si fuese una roca. Luego, el *nihtgenga* se rio.

—¿Se rio?

La sala continuaba en silencio, y el fuego parecía no calentar a aquellos que estaban escuchando el horripilante relato.

—Un sonido horrible… semejante a bloques de piedra que caen, chocándose entre ellos. Se reía mientras… —Banstan tenía la voz quebrada. Le corrían lágrimas por las mejillas.

—¿Mientras qué? —preguntó Edwin.

Paulinus se acercó al rey y le habló en un tono silencioso con su voz inusual. Provenía del otro lado del mar, de una tierra muy al sur

dominada por los seguidores de Cristo.

—Señor, este hombre ha visto cosas terribles. Debe dejarlo descansar.

Edwin le lanzó una mirada fulminante.

—Paulinus, primero nos dirá todo lo que ha visto. Contarnos lo que pasó no puede hacerle más daño, pero yo sabré qué es lo que ha estado atacando a mi pueblo.

El alto sacerdote asintió y se retiró. Todavía no contaba con el pleno respaldo del rey, pero cada vez, más a menudo, Edwin acudía a él en busca de consejo.

—¡Habla! —dijo Edwin en un tono serio—. Dinos qué ocurrió para que pueda matar a la bestia.

—Nadie puede matarla —contestó Banstan. Sus palabras eran vacías como un bosque en invierno—. Se reía mientras le arrancaba los intestinos a Breca. Se reía mientras corría hacia mí. Me giré y le miré la cara un momento antes de…

—¿Antes de qué?

Banstan respiró hondo.

—Debe haberme golpeado. Lo próximo que recuerdo fue despertarme para escuchar al monstruo devorar y saborear el cuerpo de mi hijo, al igual que un rey cuando se deleita con un jabalí asado. Yo estaba detrás de él. Debí haberlo matado para vengar la muerte de Breca, pero gracias a Woden, nuestro dios de la sabiduría y la guerra, supe que no podría hacerlo, así que me di la vuelta y hui en la oscuridad.

Se hizo un silencio en el salón. Octa sentía lástima por Banstan. No solo había perdido a su hijo, sino que también se avergonzaba delante del rey y de sus hombres.

Edwin pronunció las palabras que Octa tenía en mente.

—Si te hubieses quedado a pelear, Banstan, no podrías contarle a tu rey lo que viste. La muerte de Breca habría sido en vano si tú también morías.

Banstan se enderezó en el banco.

—¿Estás seguro de que no era un oso? —indagó Edwin.

—Sí. No era un oso.

—Y no era un hombre —agregó Edwin.

—No era un hombre, mi señor. Esa bestia no era mortal. Era un *nihtgenga*, un acosador nocturno. Un monstruo del otro mundo y nada puede matarlo.

Edwin puso la mano sobre el hombro de Banstan un momento y luego se paró abruptamente.

—Bueno, ya lo veremos —comentó el rey.

Dos

—Es el hijo de Caín —susurró Paulinus.

Edwin, Paulinus, Bassus y varios de los guerreros más confiables del rey se reunieron al final del salón. Era tarde. Las siluetas de hombres, niños y mujeres durmiendo estaban desparramadas por toda la sala. Banstan, finalmente, había caído en un sueño agitado. Cuando todo se quedó tranquilo, el rey llamó al pequeño grupo de guerreros para decidir qué debían hacer con el *nihtgenga* que hostigaba sus tierras. Octa estaba sorprendido y se alegraba de poder participar. Bassus lo despertó de donde se había quedado dormido para unirse al rey, y pudo sentir las miradas de los soldados envidiosos posándose sobre él.

—¿Caín? —preguntó Octa.

Paulinus parecía molesto por la pregunta del joven, pero quizás esta era la oportunidad para poder hablar sobre el libro sagrado de Cristo. Se calmó y dijo:

—Caín, hijo de Adam, fue el primer asesino. Mató a los suyos. Asesinó a su hermano Abel y fue maldecido por el Señor para nunca estar en paz. La tierra se negó a darle una recompensa después de haber probado la sangre de su hermano. Los descendientes de Caín son demonios gigantes. Espíritus inquietos que vagan por la noche para darse un festín de carne humana.

Octa se estremeció. ¿Acaso el sacerdote se regocijaba con el relato?

—¿Es cierto que ninguna espada puede dañarlo? —indagó Edwin.

—No lo sé —contestó Paulinus.

—Hasta ahora, la bestia ha matado a mujeres y a niños —refunfuñó Bassus—, a pastores, a esclavos y a simples ciudadanos. Ya veremos cómo le va frente a un guerrero.

Los hombres lanzaron un gruñido desde lo más profundo de la garganta. Bassus era enorme y habilidoso en el arte de batalla. No sería fácil derribarlo.

—No puedo permitir que este monstruo siga dañando a mi

pueblo. Le quité a Æthelfrith el trono de Bernicia y de Deira. Le prometí a la gente, mi gente, que los protegería. Si no están a salvo, no soy un buen rey —aseguró Edwin.

A Octa se le vino la imagen de su padre, Grimgundi, a la cabeza. Su madre, sus hermanas y su hermano menor temblaban de miedo ante él. Era una bestia. ¿Debía haberse quedado en su reino para protegerlos? Sabía que debía alejarse. Sus pensamientos se habían vuelto oscuros, pero no asesinaba a los de su misma sangre. No era como Caín.

—Encontraré al monstruo y lo mataré —dijo Octa en el silencio de la sala. Su voz viajó por todo el lugar y llegó más allá del pequeño grupo de hombres que fingían estar dormidos.

—¿Lo harás, joven Octa? —Los dientes de Edwin brillaban en la oscuridad—. Quizás lo hagas, pero no te dejaré ir solo. Me aseguraré de que nos deshagamos de esta amenaza de una vez por todas. Bassus, irás con Octa.

—Por supuesto, mi señor.

—Wiglaf, Gram y Unferth, ustedes también. Cinco de mis mejores guerreros debería ser suficiente para terminar con esta criatura. Ahora descansen porque a la primera luz del día partirán hacia el encuentro con la bestia, con el *nihtgenga*, el que asesina a los suyos. Cuando lo hallen, le dirán que Edwin, hijo de Aella, rey de Bernicia y de Deira, no permitirá que habite sus tierras. Atrápenlo y tráiganme su cabeza.

Mientras regresaban a dormir a sus lugares en el piso repleto de gente, Bassus le dio una palmada a Octa en el hombro y le dijo:

—Me alegra que Edwin me haya invitado. No me gustaría que acapares toda la diversión.

Octa no respondió. Podía oír una sonrisa en las palabras de Bassus, pero no sentía entusiasmo. Se envolvió en su capa y escuchó el crujido de las maderas en el salón. Se maravilló ante las palabras de su rey y se preguntó qué fue lo que hizo que Edwin hubiese hablado de esa manera.

En algún lugar, afuera en la noche, merodeaba el caminante nocturno que había hecho pedazos a un joven antes de comerlo y

darse un festín. ¿Y si Banstan había dicho la verdad? ¿Y si ninguna espada podía matarlo? Pero Edwin tenía razón. Él era el rey y debía proteger a su gente, y Octa era uno de sus guerreros, uno de sus *gesithas*. Era su deber servirle y defenderlo, a él y a su gente.

Al fin, el joven guerrero se durmió. En sus sueños aparecían visiones de una bestia gigante con piel de oso que lo perseguía. Estaba encorvada de espaldas a él comiendo sobre un cadáver. El crujido de los huesos y los sonidos de succión resonaban en el calmo aire nocturno. Mientras Octa se acercaba para atacar, la luz de la luna iluminó el rostro del cuerpo que el monstruo estaba devorando. Era su hermano, Beobrand. Horrorizado, blandió su cuchillo contra el caminante nocturno. El filo alcanzó la piel de la criatura, pero fue como si hubiese golpeado a una piedra. Se escuchó un fuerte ruido metálico y el *nihtgenga* se echó a reír. El sonido de la risa lo aterrorizó. No era como Banstan lo había contado. No sonaba como si fueran rocas chocándose entre sí. Se parecía a la risa de su padre.

Tres

Era una mañana fría con un cielo radiante y claro sobre las colinas que rodeaban a Gefrin. El valle y la sala aún estaban oscuros cuando partieron. Edwin les había entregado buenos caballos de los establos a sus *thegns*. Banstan, tan pálido como la hierba escarchada de las colinas, caminó delante de ellos. Debía llevarlos hasta donde la bestia había atacado. Temblaba y se estremecía mientras caminaba. Octa se dio cuenta de que se enjugaba las lágrimas de las mejillas, incluso cuando creía que nadie lo miraba. Era un hombre quebrado, pero se enderezó ante las órdenes de Edwin y asintió. No volvería a alejarse de su deber.

Al lado de Banstan, un perro pastor flacuchento de color marrón y blanco caminaba lentamente. También parecía cabizbajo, con las orejas caídas, la cola baja, como si lamentara no haber podido proteger al hijo de su amo de aquella bestia que lo asesinó en la oscuridad. Dónde había estado cuando Banstan llegó a la sala, Octa no lo sabía. Tal vez huyó y regresó con luz del día. Pero al igual que su dueño, aunque asustado, el animal parecía decidido a hacer lo que se le ordenara.

Mientras se dirigían hacia el amanecer, Octa miró hacia atrás en dirección al gran salón de Gefrin. Más allá de la sala, con sus puertas pintadas y un brillante techo de tejas, se encontraban los cimientos de madera de una nueva estructura. Paulinus le había pedido al rey que le permitiera construir ese extraño edificio. Aún no estaba terminado, pero Octa creía que sería un lugar para que el sacerdote se dirigiera a los hombres desde plataformas elevadas. Se encogió de hombros. El comportamiento de los cristianos le resultaba inusual. Se llevó la mano al costado y comprobó, una vez más, que el cuchillo estuviera en la vaina. Ninguno de los otros jinetes parecía sentir miedo, lo que hizo que Octa se volviera plenamente consciente de su ansiedad.

Bassus, el campeón del rey, cabalgaba al frente del grupo. Era enorme, hábil para el combate y parecía no temerle a nada. Llevaba una armadura de cota de malla y una gran capa de lana adornada

con pieles. De su cinturón, colgaba una espada magnífica. Octa lo admiraba y, desde que había llegado a Bernicia, Bassus lo había tratado como a un hermano menor. Practicaban juntos el uso de la espada, la lanza y el escudo. Era un buen maestro y Octa, con rapidez, había desarrollado una gran destreza en el campo de batalla.

Al lado de Bassus se encontraba su buen amigo, Gram. Era casi tan alto como él, pero más delgado. «Derecho como una lanza» era como Bassus lo había descrito, aunque no se refería solamente a la estatura y al porte. Gram era leal y directo. Rápido para reír, pero cauteloso en combate. Un guerrero extraordinario.

El joven Wiglaf estaba montado sobre una yegua marrón. Era un hombre tranquilo. Más pequeño que los demás y, sin embargo, había una solidez en él que Octa admiraba. No parecía moverse con rapidez, pero no era lento. Sus ojos veloces e inquisitivos, como peces plateados moviéndose ágilmente bajo un lago congelado, denotaban astucia

Unferth era el mayor de los *thegns*. Llevaba una gran espada al costado. Tenía los brazos adornados con anillos de guerrero. Su armadura de cota de malla y su yelmo estaban pulidos y reflejaban la luz del sol. Había dialogado con Octa en contadas ocasiones. Rara vez sonreía. Trataba con desprecio a los guerreros más jóvenes y nunca emitía una palabra agradable. Su cabello, alguna vez grueso y largo, era ahora fino con mechones grises. La vestimenta de guerra y los anillos que llevaba daban fe de sus proezas en batalla; pero no eran suficientes para que a Octa le agradara. Quizás, al sentir que el joven guerrero le clavó la mirada, Unferth se giró en su montura con el entrecejo fruncido.

A pesar del frío aire de la mañana, Octa tenía el rostro acalorado. Espoleó su caballo y se acercó a Bassus y al resto de los soldados más amigables. Banstan, con gestos de terror en su cara, se volteó al ver que el guerrero se aproximaba. Octa optó por ignorar el miedo de su compañero, no era necesario avergonzarlo aún más.

—¿Cuánto falta para llegar? —preguntó Octa.

Banstan tragó, señaló al este y respondió con un temblor

inconfundible en su voz.

—No mucho, señor. Pastamos las ovejas en esa colina. Solo los dioses saben cuántas se ha llevado la criatura. Y si no es ella, serán los lobos los que las devorarán. De algo estoy seguro y es que vamos a morir de hambre.

Bajó la cabeza y siguió caminando con pena, frotándose la cara con la palma de la mano. La vida era dura. Octa no sabía cuántas bocas esperaban a Banstan en Gefrin, pero perder ganado sería devastador. Se preguntaba si el hombre y su familia necesitarían poner sus cabezas en las manos de Edwin antes de que terminara el invierno. El pastor había perdido demasiado. Octa tenía la esperanza de que su orgullo no tuviera que sufrir otro golpe. «Por supuesto, Banstan se las arreglaría con uno menos que alimentar», pensó el guerrero con tristeza.

Llegaron a la cima de la colina. El sol, todavía bajo en el cielo, brillaba con intensidad sobre sus rostros. Octa entrecerró los ojos. Matojos de hierba, brezo y helecho cubrían la pendiente que desembocaba en una arboleda oscura de álamos y fresnos. Octa sabía que, más allá, seguían colinas y bosques, luego pantanos y, finalmente, el mar. Una bruma todavía se adhería a la orilla del bosque y a los valles más profundos.

Sobre el lado izquierdo de la ladera, siete u ocho ovejas lanudas estaban pastando. Un camino de hierba pisoteada y tierra desgatada descendía hasta la pendiente. Algo se movió en el sendero antes de llegar a los árboles. Allí, una forma oscura se retorcía y se revolcaba. A su alrededor había figuras más pequeñas que se movían y zumbaban. Octa tembló y tomó su cuchillo. ¿Qué era ese demonio? ¿Acaso el *nihtgenga* seguía dándose un festín con la carne de sus víctimas? Banstan gritó. El perro gruñó y se le erizaron los pelos. Wiglaf espoleó a su caballo y galopó hacia las figuras del camino. A medida que se acercaba, gritó:

—¡Oye! ¡Oye!

¿Qué estaba haciendo? Era valiente o un lunático, pero él también era uno de los *gesithas* de Edwin, hermano de Octa en el campo de batalla quien no dejaría que su compañero se enfrentara

solo al demonio que acechaba por ahí.

Azuzó a su caballo y el animal trotó a paso ligero. Un momento después, entendió lo que había visto desde la cima de la colina. No era un caminante nocturno. ¿No estaba el sol en el cielo? El que acosaba en las sombras no tenía lugar para ocultarse, a menos que los observara desde un refugio en el bosque. Los bultos que se veían en la tierra eran las sobras que había dejado la criatura.

Al escuchar los gritos de Wiglaf, una bandada de cuervos carroñeros revoloteó enfadada hacia el cielo. Chillaban mostrando descontento ante la interrupción de su banquete. Algunos ni siquiera podían volar de tanto que habían comido. Se alejaron de los jinetes con los picos rojos de sangre y sus alas negras como una noche de invierno.

De inmediato, Wiglaf bajó de su caballo y se agachó para examinar lo que habían dejado los pájaros. Octa se detuvo y se deslizó de la silla de montar. Su caballo se acobardó ante el olor de la sangre. Tuvo que sujetar las riendas con fuerza para no perder la montura. A medida que se acercaba, se le retorcía el estómago. La boca se le llenó de líquido. Respiró profundo, deseando no vomitar.

Bassus, Gram y Unferth se acercaron, pero ninguno se bajó del caballo. Detrás de ellos, Banstan lanzó un grito de dolor.

—¡Breca! —sollozó corriendo hacia el lugar.

Bassus echó un vistazo a la horripilante pila de carne y huesos, y colocó su caballo delante del pastor.

—Banstan, no te acerques —dijo con palabras cortadas en tono autoritario—. Ve a buscar las ovejas por allá.

El hombre, tambaleándose, dio unos pasos hacia los guerreros que estaban reunidos.

—Pero, Breca… mi muchacho… —llorisqueaba.

—No puedes hacer nada por él —dijo Bassus con voz calma—. Piensa en tu familia. Necesitarán que lleves de vuelta las ovejas si sobrevives al invierno.

Banstan, con ojos grandes y lágrimas en las mejillas manchadas de tierra, miró al *thegn* montado sobre el caballo.

—Banstan, hijo de Banstan, haz lo que te digo. Volveremos a ver

a tu hijo —agregó Bassus.

Banstan arrojó un respiro estremecido y se alejó balanceándose en dirección a las ovejas. Soltó un silbido penetrante y su perro corrió hacia el pequeño rebaño.

—¿Y bien? —Bassus preguntó a Wiglaf y a Octa.

—Es como el hombre nos dijo en el salón —respondió Wiglaf con tono firme y claro. Tragó—. Hay una oveja y el cuerpo de un muchacho. Ambos fueron desgarrados y destrozados con total brutalidad. Nunca había visto algo así. Ningún oso o lobo haría esto.

Octa tomó coraje y tragó la bilis que le había subido hasta la garganta. No se avergonzaría a sí mismo. Su caballo resopló alejándose, así que le entregó las riendas a Bassus. Se acercó al cadáver. No deseaba mirar más de cerca, pero Bassus le había dicho lo importante que era conocer al enemigo. Saber cómo el caminante nocturno asesinaba podía resultar útil al caer la noche.

Las entrañas de la oveja estaban desparramadas sobre el sendero. Sangre congelada y mierda cubrían la tierra dura y fría. Octa pisó las tripas y avanzó hacia el cadáver. Se obligó a ponerse de rodillas junto al caos de sangre. El pasto estaba húmedo y frio. Fragmentos blancos de huesos astillados sobresalían del pecho. Una de las piernas se hallaba en una posición imposible. Le habían arrancado los zapatos y las polainas, y yacían desparramados en la hierba a pocos pasos de distancia. El hedor a muerte le inundó la nariz.

Octa cerró los ojos. No quería ver, pero los demás guerreros esperaban con la mirada puesta en él. Observó una vez más los restos del pobre Breca. La túnica y los pantalones del muchacho estaban hechos jirones y manchados de marrón. A la pierna torcida le faltaban varios pedazos, al parecer se los habían arrancado; y las costillas habían sido molidas y raspadas hasta dejarlas sin carne. No. Raspadas no. Roídas. Creyó que podía detectar surcos en ellas hechos por los dientes.

El joven guerrero temblaba. Había visto suficiente, pero faltaba algo. Deseó haberse quedado sobre su caballo. Por un momento, pensó que podía ganar la batalla contra su estómago; pero luego, apurado, dio dos pasos lejos del cadáver y vomitó ruidosamente.

Escupió y observó con disgusto el charco humeante en sus pies. Se sentía humillado y, sin embargo, cuando miró a Bassus y a los demás, notó que no había reproche en sus rostros.

—No te avergüences, Octa —dijo Bassus—. El aspecto y el olor es suficiente para acobardar a cualquiera.

Octa se limpió la boca con la palma de la mano.

—No es eso —contestó y escupió de nuevo para deshacerse del asqueroso sabor.

—Entonces, ¿qué pasa? —preguntó Bassus.

—La cabeza no está —contestó.

Cuatro

Dos de los guerreros más jóvenes tuvieron que cavar la tumba de Breca. Habían llevado palas con la esperanza de encontrar el cuerpo. Los soldados mayores alejaron a los caballos del olor a muerte y dejaron que Octa y Wiglaf hicieran el trabajo pesado. Banstan se acercó mientras cavaban en la dura tierra, pero de nuevo, Bassus lo detuvo.

—Quiero ver a mi Breca una vez más antes de que lo entierren —dijo.

—No, Banstan —sostuvo Bassus con voz tranquilizadora. Recuérdalo como cuando estaba con vida. Toma las ovejas y regresa a Gefrin. Si partes ahora, llegarás mucho antes de la puesta del sol. Dile a nuestro rey que rastrearemos a la criatura y que, cuando la encontremos, vengaremos la muerte de Breca y de todos los que ha asesinado.

Banstan no discutió. Quizás la mención del ocaso del sol fue suficiente para ponerlo en marcha. Se dio la vuelta en silencio y regresó por la colina en donde su perro mantenía al rebaño bajo control para dirigirse a salvo hacia Gefrin.

El sudor endureció el rubio cabello de Octa contra su frente. Clavó en la tierra la pala de madera con bordes de hierro. Levantó otro cúmulo de lodo y lo puso en un costado. Wiglaf paleaba en el otro extremo de la tumba. Ambos trabajaban arduamente en silencio. Al poco tiempo, Octa comenzó a sentir dolor en los brazos y en los hombros. Cavaba con rapidez; quería finalizar la tarea. No obstante, terminar significaba que, pronto, debía tocar el cuerpo de Breca. La idea le generaba asco. Cuando el agujero fue lo suficientemente largo y profundo, los dos guerreros se detuvieron durante un momento para recuperar el aliento. Octa se estiró y se frotó la parte baja de la espalda. Al ser tan alto necesitaba encorvarse para cavar.

—Ustedes dos, vengan —ordenó Bassus—. Pongan al chico en el hueco, así podemos encontrar al maldito monstruo. Gram halló las huellas.

Wiglaf suspiró y asintió. Octa lo miró.

Algunos de los cuervos más glotones, o de los más valientes, habían regresado por el cadáver. Wiglaf les arrojó un puñado de tierra y, una vez más, volaron graznando hacia el cielo. Juntos, ambos *thegns*, medio levantaron y medio arrastraron los restos de Breca hacia la tumba. Utilizaron su ropa, tanto como fuera posible, para no tener que tocar la fría piel. Octa se rasguñó la mano con la punta filosa de un hueso astillado. El guerrero tembló. ¿Los demás lo habían visto? Observó a Wiglaf. Él también se veía pálido con una expresión seria y tenía la mandíbula apretada. Octa levantó la vista y miró hacia la colina. Banstan y el rebaño ya no estaban.

Gram se acercó a la tumba y dijo:

—Encontré esto por allá. —Colocó los dos extremos de una lanza partida junto al cuerpo mutilado del muchacho—. Puede que la necesite adonde vaya.

Octa y Wiglaf tomaron las palas y comenzaron a tapar el hueco vacío. Cuando la tierra quedó compactada en el pequeño montículo, los cinco hombres se reunieron alrededor de la desolada tumba. Permanecieron en silencio por un largo tiempo. Desde la ladera, los cuervos graznaban. Habían regresado por la oveja. Algunos de los pájaros revoloteaban con pereza sobre los guerreros. Tal vez buscaban más carne al ver que les habían robado su banquete.

—Breca, no te conocimos —mencionó Bassus—, pero sabemos que peleaste para defender a tu padre y a tu rebaño. Fuiste un chico muy valiente. Hiciste lo que pudiste. Enfrentaste a tu enemigo y moriste con un arma en tus manos. Woden te dará la bienvenida en su majestuoso salón. Quizás, algún día, nos encontremos ahí.

Octa no dijo nada. Tenía el estómago vacío y le temblaban los brazos y las piernas de tanto esfuerzo. Imágenes de carne mutilada, huesos astillados y ropa bañada en sangre le inundaban la cabeza. Breca fue valiente. La bestia a la que tuvo que enfrentarse debe haber sido formidable. Octa tenía la esperanza de que Woden lo aceptara en el salón de los caídos. Pero ¿querría el Dios a un chico pastor? Y si así fuera, ¿cómo encontraría el camino al más allá un muchacho sin cabeza?

Cinco

—Pronto oscurecerá —dijo Bassus—. Debemos buscar refugio.

Octa se alegró de que Bassus hablara. El sol se había ocultado detrás de las colinas en el oeste, y no deseaba seguir afuera en el pantano cuando cayera la noche.

Avanzaron a buen ritmo luego de que dejaran a Breca en su tumba para descansar como debía ser. Gram había hallado huellas que conducían al bosque. Cabalgaron a través de la densa arboleda mientras el guerrero seguía los rastros de la criatura. De vez en cuando, encontraban manchas oscuras de sangre seca en los árboles o en las plantas. Podían ser de la bestia, de algún pedazo de carne de Breca o de la oveja que se había llevado; pero no estaban seguros. «Quizás», pensó Octa, «era sangre que goteaba de la cabeza sin vida del chico mientras colgaba de las garras del monstruo».

Más allá del espeso bosque, el terreno se abría. Los páramos llevaban hacia el este de Bebbanburg y descendían en dirección a las marismas; al sur había lagunas y playas repletas de dunas. El rastro del caminante nocturno era fácil de seguir en el sol brillante del mediodía. Pequeñas manchas secas de sangre marcaban el recorrido de la criatura. No podían perderlo. Habían galopado hacia el sur y hacia el este. A lo lejos, el pantano se veía cubierto por un fino manto de niebla.

Sin duda, estaban ansiosos por encontrar al monstruo y asesinarlo. Octa lo buscaba mientras cabalgaban en dirección a las aguas estancadas en el pantano. El sol se reflejaba sobre los arneses de los caballos y las armaduras de los guerreros. El sonido de las pezuñas de los corceles producía un ritmo firme e implacable. Allí, bajo el sol, rodeados de sus compañeros de batalla, parecía que no podían fracasar en la misión. Cinco de los *gesithas* más fuertes y valientes del rey se enfrentaban a una bestia que, hasta ahora, cazaba ovejas y pastores indefensos. Octa ya podía imaginar las canciones que los poetas cantarían para homenajearlos cuando regresaran con la cabeza del demonio. La gloria y la fama los esperaban.

Había pasado mucho tiempo y la criatura viviente más grande que encontraron camino al pantano fue un ave. Tuvieron que detenerse cuando las patas de los caballos empezaron a salpicar barro y el terreno comenzó a hundirse. El aliento de los corceles era como un vapor que se transformaba en una masa nebulosa alrededor de los soldados en el gélido aire. Gram desmontó y examinó el terreno.

—El sendero continúa por ese camino —dijo apuntando hacia el este en dirección al pantano cubierto de bruma.

A lo lejos, el humo de una morada se disipaba lentamente en la neblina. Octa se preguntó qué clase de gente elegiría vivir ahí cuando tenían cerca buenas tierras.

—Deberíamos acampar aquí —sostuvo Unferth con voz ronca. Casi no había hablado en todo el viaje. Tosió y escupió un poco de flema en la maleza verde y enmarañada que crecía al lado del camino. La saliva colgaba de las hojas como pegajosas telas de araña.

—¿Por qué debemos esperar? —preguntó Wiglaf—. Aún hay mucha luz. Sigamos a esta repugnante criatura hasta el pantano, de seguro su guarida yace dentro.

Octa no dijo nada. La tierra brumosa del este lo inquietaba; sin embargo, iría a donde su líder los guiara. Bassus observó el rostro de los expectantes guerreros, luego miró con curiosidad el velo de niebla que colgaba sobre la tierra.

La montura de Octa estaba cerca del caballo de Unferth. El animal del mayor de los *thegns* parecía tener el mismo temperamento que él y había mordisqueado la grupa del corcel de Octa, lo que hizo que relinchara y se alejara. El joven guerrero tuvo que luchar con las riendas y aferrarse a su silla de montar para no caer.

—Deberíamos acampar aquí y esperar hasta el amanecer —sostuvo Unferth, al parecer sin percatarse del comportamiento de su caballo.

Octa lo miró con enfado y se tragó sus palabras sin replicar.

La conmoción parecía haber ayudado a Bassus a decidirse.

—Nos dirigiremos hacia el pantano —dijo ignorando el resoplido burlesco de Unferth—. Si nos quedamos aquí, ¿quién puede afirmar que la criatura no atacará de nuevo en la oscuridad? El rey Edwin no perderá a más de su gente por culpa de este demonio. Tenemos que encontrar al bastardo y matarlo antes del anochecer.

Parecía tan simple, pero ahora con las grandes sombras que daban vueltas sobre la tierra brumosa y con las piernas empapadas por el agua fría del pantano, Octa deseaba que hubieran escuchado a Unferth. Debieron bajarse de sus caballos para poder guiarlos. Su progreso se había detenido.

Unferth no dijo nada cuando comenzaron a ir hacia las aguas pantanosas. Sus ojos brillaban con desdén, pero se guardó lo que pensaba para sí mismo. Ahora, mientras todos temblaban y se amontonaban bajo el ocaso, el guerrero decidió hablar.

—Quizás este sea el momento oportuno para acampar, ¿no? —sostuvo—. Aquí, en este charco, parece un buen lugar. ¿Qué opinas, sabio Bassus?

Bassus lo miró furioso.

—Tratemos de llegar a la vivienda que se encuentra más al sur. ¡Miren! El humo todavía se eleva sobre la niebla. No parece lejos. Encontraremos refugio allí.

Unferth soltó una carcajada que se convirtió en tos y agregó:

—Hay que aprovechar hasta la más mínima oportunidad. Muy bien. Guíanos, hombre sabio.

Avanzaron a duras penas hacia adelante, en dirección al humo que debía provenir de una chimenea. La promesa de calor y resguardo, y quizás un poco de cerveza fresca, los guio hasta que la luz se tornó tan débil que no sabían a dónde se dirigían.

De la ciénaga emanaba olor a podredumbre; aromas oscuros y ocultos como de muerte. Los pies de los guerreros y las pezuñas de los caballos agitaban el lodazal. El agua estancada burbujeaba a su paso. A su alrededor, el pantano parecía que susurraba y daba suspiros como si tuviera vida. Octa olfateó el aire. No podía sentir el olor a madera quemada.

—Está muy oscuro para continuar —dijo. Ninguno se opuso a

sus palabras—. Hemos perdido el rastro de la criatura. Ahora, tendremos que acampar lo mejor que podamos y esperar hasta la mañana.

Encontraron un pequeño montículo en el que apenas cabían con sus animales. Trataron de ponerse lo más cómodo posible. Comieron pan y unas tiras de carne salada que habían llevado. Se amontonaron y ni siquiera intentaron hacer una fogata. No había dónde buscar leña y todo lo que llevaban estaba empapado.

A medida que la noche los cubrió con su manto, Wiglaf murmuró:

—La oxidación del hierro devorará nuestras armaduras después de un día y una noche en este maldito lugar.

Desde la penumbra, cada vez más oscura que Octa apenas podía distinguir la silueta de sus compañeros, se oyó la voz ronca de Unferth:

—Yo no me preocuparía por la armadura de hierro. —Sus palabras permanecieron en el aire helado por un momento. Uno de los caballos resopló y pateó en la oscuridad—. Me preocuparía más por acampanar en los dominios del caminante nocturno. Sabemos que tiene debilidad por la carne humana. Deberíamos preocuparnos más por no convertirnos en su próxima comida.

Seis

Octa se despertó en lo más profundo de lo noche. Pensó que no iba a poder dormir. Se había envuelto en su capa. Los músculos le dolían y le temblaba el cuerpo no solo por el cansancio, sino también por el frío. Todo estaba en calma, pero algo lo despertó. ¿Por qué? ¿Le tocaba vigilar? Ninguno de sus compañeros hablaba, así que ellos no habían sido. Sin levantarse de donde estaba acostado, abrió sus ojos. No lo rodeaba una oscuridad absoluta como creía. Había luna llena y, desde lo alto, con su frío resplandor, bañaba la tierra de plateado. Aunque ahora la niebla era más espesa, la luz de la luna la atravesaba. El joven guerrero no podía ver más allá de unos pocos pasos desde su posición, pero el mundo estaba envuelto en una neblina brillante. La silueta oscura de Bassus se veía cerca. Su enorme amigo le daba la espalda. Mientras miraba, Bassus movió la cabeza y observó dentro de la bruma con atención. Debió ser la mirada de su corpulento compañero lo que lo había despertado.

¿Qué fue lo que hizo que Octa abriera los ojos? Un chillido desgarrador salió del pantano. El guerrero se sobresaltó, pero no se movió del lugar. Era imposible distinguir de dónde provenía. Parecía un eco en la bruma.

Una vez más se hizo silencio. Luego, un alarido largo y quejumbroso se esparció sobre la tierra iluminada. Le siguió un grito. ¿Era la voz de una mujer? Octa se estremeció y se puso de pie. La noche estaba llena de maldad, y no quería estar acostado para enfrentarse a ella.

Al parecer, Gram, Unferth y Wiglaf no escucharon los ruidos y permanecieron acurrucados en sus mantas y capas. Los caballos relinchaban y resoplaban, inquietos por los disturbios en algún lugar del pantano. Octa se acercó con cuidado a ellos y los calmó con un toque suave. La noche, cubierta de una bruma inmóvil y espesa, volvía a tonarse silenciosa y tranquila.

¿Qué era lo que acechaba en la niebla? ¿Acaso el *nihtgenga* acosaba en la noche, olfateando la carne humana? ¿O los gritos eran

de sus víctimas y, quizás, había saciado su apetito?

Con cuidado de no molestar a los hombres que seguían dormidos, Octa se dirigió a donde Bassus estaba sentado. Justo cuando se disponía a tocar el hombro de su amigo para alertarlo de su presencia, el gigante *thegn* se puso de pie de un salto, se giró y sacó la espada de la vaina.

—Bassus, soy yo, Octa. —le advirtió con un susurro que se sintió fuerte y duro en la quietud de la noche. Por un instante, Octa temió que Bassus no prestara atención a sus palabras y lo golpeara. Tras un largo momento, en el que lo único que se movía era una nube de aliento delante de ellos, Bassus bajó su espada.

—¡Por las pelotas de Woden! —exclamó Bassus jadeando. Pensé que eras el caminante nocturno. Casi te destrozó como a un jabalí.

—Doy gracias de que no lo hayas hecho —respondió Octa acercándose a su amigo y poniendo una mano en su hombro—. Me despertaron los sonidos. Los gritos y los aullidos.

—Estaban cerca. ¿Crees que era la bestia?

—¿Y qué más pudo ser? —respondió Octa—. Creo que también escuché el grito de una mujer.

—Sí, yo también. —Permanecieron en silencio durante un rato. Octa ponía atención en la oscuridad, esforzándose por escuchar más pruebas del acechador nocturno.

—¿Crees que lo oímos matar de nuevo mientras nosotros descansábamos aquí, perdidos en el pantano? —preguntó el joven guerrero.

Bassus no respondió.

—No quise culparte. Lo siento, Bassus —agregó Octa con rapidez.

—Ya no hay nada que hacer. No podemos volver atrás y cambiar lo que hicimos, solo podemos aprender y seguir adelante. Todo lo que quiero ahora es que encontremos a esta bestia mañana mientras el sol brilla en el cielo. No es posible enfrentarnos a ella en la oscuridad y en la niebla de este pantano olvidado por los dioses

—¿Puede ser realmente un hijo de ese tal Caín del que habló Paulinus? ¿Un monstruo gigante, maldecido por el dios del

sacerdote?

—¿Quién puede decirlo? —le dijo Bassus al mismo tiempo que enfundaba su espada—. Gram siguió el rastro de la criatura con bastante facilidad. Dijo que caminaba como un hombre, en dos pies y que come carne como cualquier bestia. No me importa lo que sea, siempre y cuando podamos matarla. Hay muchas cosas que no tienen explicación en este mundo, Octa. Los sacerdotes dicen que pueden hablar con los dioses para cambiar el rumbo de las cosas con sacrificios y ceremonias, y quizás así sea. Nunca he visto a un dios, ni a un elfo, ni a un duende. Pero encontraremos a este demonio nocturno, apuesto mi caballo, mi espada y toda mi riqueza a que se puede cortar con acero afilado. Jamás me he enfrentado a un enemigo al que no pueda hacer sangrar. Y si puede sangrar, podemos matarlo.

Hicieron silencio. Los caballos volvieron a patear y a resoplar. Se escuchó el sonido de una pisada en el fango. Un gemido quejumbroso salía de la oscura bruma iluminada por la luna. Inmediatamente, Octa y Bassus desenvainaron sus espadas. Otro gemido. Un chapoteo. Un resoplido. Algo grande andaba ahí fuera en la noche. Algo sigiloso y mortal.

—¡Muéstrate! —gritó Octa. Su voz era fuerte y clara. Se quedó sorprendido de lo confiado que sonaba. Detrás de él, oyó a los demás levantarse con rapidez; se habían despertado al oír sus palabras.

—¿Está ahí fuera? —preguntó Wiglaf sin aliento.

—Silencio —sostuvo Bassus.

Wiglaf, Gram y Unferth se unieron a ellos en el borde del pequeño montículo. Todos miraban fijamente hacia la luna teñida en neblina, buscando y escuchando. ¿Era una sombra en la bruma lo que Octa había observado? Uno de los caballos relinchó. Hubo otro chapoteo, esta vez muy cerca. Un gruñido gutural. A pesar del frío aire nocturno, Octa tenía la frente mojada con sudor. En cualquier momento, la criatura saldría de la niebla y los destrozaría, con sus trajes, armas y todo. Nada podía protegerlos de la bestia que los acechaba en la noche.

—¡Muéstrate! —dijo Bassus repitiendo las palabras de Octa—. ¡Vamos, desgraciado! Sal y pelea con hombres de verdad. Aquí no hay ni pastores ni niños. Somos guerreros del rey Edwin y somos tu perdición. Sal de donde sea que estés escondido y enfréntanos.

Luego de las provocadoras palabras del líder, que seguro incitaban a la lucha, los hombres tomaron sus armas con firmeza y se prepararon para pelear. Pero no hubo ningún ataque. Ninguna criatura con colmillos y garras vino hacia ellos en la oscuridad. En vez de eso, un sonido estrepitoso los alcanzó. Al principio, Octa no estaba seguro de lo que oía, pero luego recordó las palabras que Banstan había dicho en la sala. Era un sonido como de bloques de piedra que se chocaban entre ellas. Era la risa del *nihtgenga*. El monstruo se estaba riendo.

Siete

Esa noche no pudieron dormir más. Permanecieron de pie durante un largo rato, esforzándose por ver algo en la niebla, pero nada apareció. Las risas habían cesado y no llegaban más sonidos del pantano, salvo el ulular de un búho muy lejos al norte. Al cabo de un rato, los hombres se sentaron, espalda con espalda, en la cima del pequeño montículo.

—¿Crees que se ha ido? —preguntó Wiglaf.

—Silencio, muchacho —dijo Unferth con voz ronca—. Si parloteas, no escucharemos si regresa.

Y así, se sentaron en un frío silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos y temores. Pronto sería Yule, el solsticio de invierno, y la noche sería larga. La oscuridad se prolongó e hizo que Octa se preguntara si alguna vez habría luz. Las celebraciones de Yule no eran para estar acurrucado en un pantano; era un tiempo para estar junto al cálido fuego con comida caliente y buena compañía.

«¿Hacía tanto frío en Cantware?», reflexionó. Podía imaginar a sus hermanas y a su madre preparando pasteles de miel; a Beobrand trayendo troncos y colocándolos en el ardiente fuego de la chimenea; y a su padre, Grimgundi, sentado en su fino y pulido asiento, como hacía a menudo, oscuro, melancólico y borracho, emanando violencia de la misma manera en la que el fuego emanaba calor. En su cabeza, Octa podía ver con claridad sus rostros rojos y sombreados por las llamas. Echaba de menos a todos, menos a su padre. Esperaba no volver a verlo.

Se estremeció y apartó de su mente los pensamientos sobre Grimgundi. Sintió la habitual puñalada de culpa por haber dejado a su hermano y hermanas con esa bestia, pero no podía concentrarse en el pasado. Solo pensaba en encontrar un respiro del frío. Pocas veces se había sentido así. El agua se filtraba desde la mismísima tierra sobre la que estaban sentados y empapaba sus pantalones aún más. Le castañeaban los dientes. Colocó los brazos alrededor del pecho y encajó las manos debajo de ellos para calentarse. Tenía el

cuchillo sobre el suelo húmedo frente a él. Quería tenerlo cerca por si la criatura volvía. ¡Al diablo con el hierro oxidado!

Por fin, una pálida luz roja empezó a teñir la niebla al mismo tiempo que dejaba vetas rosas y grises en el aire del amanecer como si fuera la piel de un salmón. Octa podía imaginar el sol saliendo por el mar hacia el este; pero ahí, en el pantano, los rayos apenas penetraban. Lentamente, los guerreros se levantaron con rigidez, estirando los músculos que se habían puesto tensos por el frío y la inactividad. La niebla se arremolinaba y desvanecía como el humo mientras se movían por el montículo y preparaban los caballos para partir.

—Espero que esta bruma se disipe —dijo Wiglaf compartiendo la preocupación de todos.

—Sin duda, el sol la hará desaparecer a media mañana —agregó Bassus con voz segura y firme. Octa deseaba compartir su confianza.

El sol no los calentó. Cojeaban y tosían como ancianos canosos mientras se preparaban. Pronto, los caballos estuvieron listos, y los guerreros miraron a Bassus una vez más para que los guiara. La expresión de Unferth era amarga. Bassus no era joven, pero Unferth era el mayor de todos. El frío de la larga noche debió hacer que le dolieran los huesos. Aunque Octa esperaba algún reproche del viejo guerrero, el *thegn* mantuvo su boca bien cerrada.

Bassus miró alrededor de ellos. La luz que se filtraba a través de la neblina era suficiente para viajar, pero no podían ver más allá de una docena de pasos en ninguna posición.

—Intentemos encontrar las viviendas —indicó Bassus—. Vimos el humo, no podemos estar tan lejos. Se encontraban hacia el sur. El sol nos ayudará a trazar nuestro camino en esa dirección.

Nadie respondió. Con el brillo rojizo del sol a su izquierda, se adentraron en los charcos y canales del pantano. Muchos de ellos tenían una película de hielo. El agua estaba helada. Octa se preguntaba con asombro por qué algunos estaban congelados y otros no. Sin embargo, la marcha era dura y tenía demasiado frío para preocuparse por eso. Habían recorrido muy poco cuando Gram, que los guiaba, lanzó un grito de alerta.

—¡Por nuestros dioses Woden, Tyw y Thunor!

En un caos de chapoteos, todos se precipitaron a socorrerlo. Sin pensarlo, Octa sacó el cuchillo de la vaina, soltó las riendas del caballo, y medio vadeando y corriendo llegó al lado de Gram.

Ocho

—¿Qué sucede? —gritó Wiglaf—. ¿La bestia está aquí?

Gram no respondió de inmediato. Los guerreros se reunieron a su alrededor con respiración jadeante. Octa se abrió paso a los empujones entre Unferth y Wiglaf. Un momento después, deseó no haberlo hecho. No había ninguna criatura que pudiera atacarlos, pero ahora estaba claro lo que habían oído en la noche.

De entre la niebla, se asomaba el rostro de un joven. Breca, supuso Octa. La cabeza decapitada del muchacho había sido colocada sobre un poste de madera que estaba clavado en la tierra blanda de una loma; era un lugar similar a donde habían acampado. El rostro era horroroso. Tenía los ojos saltones y la lengua le salía de la boca de labios azules. Del cuello colgaban pedazos de vísceras, como si la cabeza hubiese sido arrancada de los hombros del muchacho. Octa fue el primero en romper el silencio.

—¿El caminante nocturno está jugando con nosotros? —¿Acaso había una pizca de desesperación en su tono?

—Tal vez —respondió Gram—. O, quizás, sea una advertencia: «No se acerquen más a mis dominios».

—¿Quién puede decirlo? —La voz áspera de Bassus era fuerte y firme como el granito—. Creo que se está burlando de nosotros. Ahora hay una sola cosa de la que podemos estar seguros.

—¿De qué? —preguntó Wiglaf.

—Esta bestia desgraciada que se arrastra por la noche se puede dar por muerta. Nada ni nadie se burla de mí y vive para contarlo.

Nueve

Continuaron hacia el sur.

—Deberíamos llevarla... a la cabeza. Llevarla de vuelta y enterrarla con el resto del muchacho —dijo Wiglaf antes de partir.

Unferth resopló.

—Puedes cargarla si lo deseas. Yo no la tocaré. El chico está muerto. Déjalo descansar.

—Pero... no está entero... —La voz de Wiglaf se apagó. Ninguno de los guerreros hizo un movimiento para acercarse a la cabeza de aspecto lamentable. Finalmente, Wiglaf dio la vuelta para seguirlos y dejó atrás el espantoso tótem.

Octa se estremeció, y no fue solo por el frío. Los ojos sin vida del muchacho lo habían inquietado. Deberían haber hecho lo que dijo Wiglaf. Tal vez, ahora, el espíritu de Breca nunca encontraría el camino a la otra vida. ¿Deambularía para siempre por el pantano envuelto en niebla en busca de su cuerpo? Pero ya era demasiado tarde. Habían caminado bastante por el agua, y la bruma no se había disipado. No podrían haber regresado a la estaca y a la cabeza, aunque hubiesen querido.

Estaban perdidos. Ninguno de ellos lo había dicho, pero Octa no tenía duda de que todos lo pensaban. Justo cuando estaba a punto de hablar para sugerir que se dirigieran al oeste en dirección a las colinas y a tierra firme, fuera del sombrío pantano, un grito desconsolado los alcanzó en el aire inmóvil. Se prepararon para sacar las armas y buscaron sus amuletos. Unferth escupió. El caballo de Wiglaf patinó, se le resbalaron las patas en el lodo grasiento e hizo caer al joven guerrero hacia delante. Wiglaf maldijo y sacudió las riendas de la bestia.

—¡Silencio! —siseó Bassus.

Se quedaron quietos y escucharon.

—¡Ahí! —susurró Octa—. ¿Lo oíste?

Ninguno emitió una palabra, pero la expresión en sus rostros habló por ellos.

Todos habían oído el gemido en la tenebrosa niebla. Bassus sacó

lentamente la espada de la vaina. Octa, confiando en el instinto de su líder, tomó el cuchillo, el cual se sentía muy pequeño en la mano. Deseaba tener una espada como la de los guerreros mayores. Algún día, esperaba que así fuera, pero por ahora, la afilada daga de un solo filo debería ser suficiente. Despacio, haciendo el menor ruido posible, se dirigieron hacia los sonidos de angustia.

—Espera —susurró Gram, extendiendo la mano para detener a Bassus.

El enorme *thegn* frunció el ceño.

—¿Qué?

—Escucha.

De nuevo se quedaron en silencio y se esforzaron por tratar de entender lo que oían.

—No oigo nada —dijo Unferth y escupió otra vez.

—Tus oídos son viejos, Unferth —mencionó Bassus. —Deja que los jóvenes nos digan lo que oyen.

Unferth miró a Bassus con enfado, pero no dijo nada.

—Es el llanto de una mujer —indicó finalmente Wiglaf.

—¿Estás seguro? —preguntó Bassus.

Wiglaf ladeó la cabeza y contuvo la respiración por un momento. Luego, asintió.

—Sí.

Octa también podía oír los sollozos lastimeros de una mujer.

—Vamos —dijo Bassus—. Veamos quién es y por qué llora.

Una vez más, caminaron ruidosamente en el lodo. Los fríos dedos del pantano les tiraban de los pies y las piernas, como si no quisiera verlos partir. Octa notó que Bassus no envainaba la espada. Más adelante, el terreno se elevaba. Los sonidos de llanto eran claros ahora. Había otras voces también. De vez en cuando, lograban comprender las palabras. Mientras salían a tropezones de las heladas aguas de la ciénaga, les llegó la voz clara y fuerte de un hombre que gritaba.

—¡Wealhtheow! —rugió la voz—. ¡Wealhtheow!

Por un momento, los guerreros se quedaron temblando. No hubo respuesta a sus gritos. El llanto se hizo más intenso.

—¡Hola! —habló Bassus en la niebla—. ¡Hola allí!

Se hizo silencio por un segundo.

—¿Quién es el que viene del pantano? Muéstrate.

—Soy Bassus, hijo de Nechten, caballero de Edwin, rey de estas tierras. Mis compañeros y yo no queremos hacerte daño. Estamos mojados y con frío, y pedimos tu hospitalidad. Un lugar para secarnos y quizás algo para comer.

No hubo respuesta.

—Te pagaremos —agregó Bassus.

Los sollozos habían cesado.

—Ven aquí, donde pueda verte —dijo el hombre.

Subieron la leve pendiente. La niebla se disipó, y Octa sintió la luz del sol en su mejilla. Delante de ellos, se encontraban apiñadas un pequeño grupo de cabañas con techos de tepes de césped y las paredes embadurnadas de tierra como si crecieran del suelo. De la vivienda más grande salía humo que se mezclaba con la niebla.

El hombre que había hablado blandía un gran hacha. Era inmenso, fácilmente le sacaba una cabeza de diferencia a Bassus y a Octa que eran los guerreros más altos del séquito de Edwin. Tenía el rostro oculto por una barba oscura y llevaba el cabello desgreñado y largo. Alrededor de los hombros llevaba una gruesa piel de oso. Por un instante, Octa pensó que se acercaban a una enorme bestia con un arma. Se alegró de aún sujetar el cuchillo. Pero ¿de qué le serviría una hoja tan pequeña contra este bruto con un hacha gigante?

El hombre abrió sus ojos de par en par al ver cuántos eran, al observar sus caballos y sus magníficas armas. Detrás de la corpulenta figura, se escondía una mujer que se asomaba gimiendo y lloriqueando. Bassus envainó la espada y le indicó a los demás que hicieran lo mismo. Octa sintió una punzada de preocupación mientras deslizaba el cuchillo en la funda de madera y cuero.

—Te he dicho mi nombre —dijo Bassus—, ahora dime el tuyo.

—Soy Hrothgar —habló como alguien que no necesita presentación, como un señor en su salón—. Ella es mi esposa, Modthrith —señaló con la cabeza a la mujer.

Modthrith tenía un rostro inexpresivo. Las lágrimas le habían dejado marcas de suciedad en las mejillas. Sus ojos enrojecidos pasaban de un guerrero al otro, sin perderse de nada. Había una dura astucia en su mirada que hizo que Octa se preguntara qué podía hacer que alguien como ella sollozara y llorara como un esclavo.

—Hablaste de pago —dijo Hrothgar. Los ojos le brillaban bajo la luz del sol que se abría paso entre la niebla.

—Tenemos monedas —dijo Bassus.

—¿Monedas? —Hrothgar carraspeó y escupió—. ¿De qué me sirve un pedazo de metal aquí?

Octa miró a su alrededor la colección de casuchas que se escondían en ese pequeño montículo del pantano. Hrothgar tenía razón.

—Te daré monedas, Hrothgar, a cambio de refugio y comida —respondió Bassus en un tono que no admitía discusión. Apoyó la mano sobre el pomo de su espada y se inclinó hacia delante—. Tenemos frío y estamos hambrientos. Un hombre inteligente invitaría a los hombres del rey a su casa antes de que le rogaran la hospitalidad que les corresponde por derecho.

Durante un instante, Octa pensó que Hrothgar no los aceptaría. Con sus nudosas manos se aferraba al mango del hacha. Los nudillos se le veían blancos debajo del vello oscuro y erizado.

—Y… —continuó Bassus, ahora con voz más suave— un hombre sabio sabría que puede cambiar las monedas por algo que le resulte más útil. Un cuchillo, tal vez. Finas prendas. Joyas para su esposa.

Las cejas de Hrothgar se hundieron en su ceño fruncido. Finalmente asintió, pero permaneció inmóvil.

—¿Qué están haciendo en el pantano? —preguntó—. ¿Por qué han venido a este lugar? ¿Vinieron por mar?

—No. Venimos del gran salón de Gefrin. Una criatura atacó allí durante la noche y asesinó a un muchacho pastor. La hemos rastreado hasta esta ciénaga.

Hrothgar le lanzó una mirada aguda a Modthrith. La mujer dejó escapar un gemido. Octa pensó que iba a desmayarse.

—¿Conocen a la criatura? —indagó el guerrero—. ¿Al *nihtgenga*?

Las lágrimas de Modthrith comenzaron a fluir una vez más. Hrothgar, de manera distraída, acarició su cabeza en señal de consuelo. Bajó el hacha y apoyó la punta de hierro en el suelo junto a sus pies, a modo de mostrar que los *thegns* no eran sus enemigos.

—Sí —dijo Hrothgar—. La conocemos. —Su voz parecía una tierra desolada donde nada vivía—. Ha acechado el pantano durante numerosas noches. Por supuesto que la conocemos.

El llanto de Modthrith se hizo más fuerte; sus sollozos más intensos.

—Sí, la conocemos —continuó el hombre enorme como un oso —. Vino aquí anoche y se llevó a nuestra hija.

Diez

Octa gemía de placer mientras vaciaba su vejiga. El caliente chorro de orina salpicó y se esparció en las aguas salobres del pantano. Habían bebido la cerveza de Hrothgar durante gran parte de la tarde. Era agria y débil, y tenía un ligero gusto a pescado, aunque después del primer vaso poco parecía importar su sabor. Habían interrogado a Hrothgar, Modthrith y a sus dos hijos, Heorogar y Hondscio. Sin embargo, lo que habían aprendido no era de mucha utilidad. Todos tenían los labios sellados y, a menos que se los presionara, a duras penas hablaban. Parecía que se ganaban la vida atrapando anguilas y pájaros. Una vida dura, pero pocos podían elegir cómo vivirla. Era el deseo de Hrothgar y de su familia vivir en un pantano pescando con cestas de mimbre, y atrapando patos y correlimos con redes astutamente preparadas.

A pesar de su mezquina existencia y su agria cerveza, Hrothgar había sido tan generoso como su palabra. Modthrith les había dado de comer un guiso de pescado un poco aguado. La pequeña cabaña era lo suficientemente cálida. Después de la larga y gélida noche en el pantano, era maravilloso sentir que el calor del fuego les descongelaba las extremidades.

Octa terminó de orinar y se subió los pantalones. La niebla había disminuido por la tarde, pero los guerreros no se sentían preparados para adentrarse de nuevo en el pantano. Además, no sabían en qué lugar podía encontrarse la criatura. Bassus le preguntó a Hrothgar de dónde venía el *nihtgenga*, pero el hombre se encogió de hombros sin decir una palabra.

—Buscaremos a la bestia al amanecer —dijo Bassus—. Si tu hija, Wealhtheow, aún vive, la traeremos de vuelta.

Hrothgar tomó un trago de su cerveza con sabor a pescado y permaneció en silencio. Modthrith respiró con dificultad. Octa había visto los ojos de Bassus en la cabaña llena de humo. Ninguno de los dos creía que encontrarían a la muchacha con vida y, por el llanto de la mujer, parecía que ella tampoco lo creía.

Octa miró hacia el oeste. Los últimos rayos del sol moribundo

todavía teñían el cielo de rojo. Pronto oscurecería. En Gefrin estarían cerrando las ventanas, preparándose para la cena. Se preguntaba qué estaría haciendo Elda. Echaba de menos su fácil sonrisa y sus caderas. Estaba seguro de que ella también lo miraba, pero la había visto hablar con Hengist. ¿Y qué? No estaban comprometidos. Decidió que se acercaría a ella cuando regresara. Se puso la capa sobre los hombros. Deseó que Elda estuviera allí para abrigarlo. La lana estaba húmeda todavía; el calor de la cabaña de Hrothgar no la había secado del todo. Se dio la vuelta con la intención de volver a donde podía oír las voces de los hombres.

Una figura enorme le impidió el paso.

Octa dio un salto hacia atrás y buscó desesperadamente su cuchillo. ¿Cómo pudo haber sido tan estúpido? La cerveza le había nublado la mente.

—Tranquilo, Octa —dijo Bassus en una profunda voz—. Sería mejor que no me destriparas como a una de las anguilas de Hrothgar.

Octa dejó escapar un largo suspiro que produjo vapor en la fría noche. Se le aceleró el corazón. Riéndose, Bassus pasó junto a él y comenzó a hacer sus necesidades. El joven guerrero respiró de forma lenta y tranquila. El olor de la orina se mezclaba con el hedor a putrefacción del pantano. Se le revolvió el estómago.

—Deberíamos hacer guardia durante la noche —dijo contento de que su voz no flaqueara.

—Sí —sostuvo Bassus—. Y debemos dejar de beber la apestosa cerveza de Hrothgar. La criatura podría lanzarse sobre nosotros en cualquier momento, tomar nuestras cabezas y no nos daríamos cuenta.

Así pues, regresaron lentamente a la cabaña.

—¿Confías en él? —le susurró Octa.

—¿En Hrothgar? No. Nos mataría al igual que lo haría cualquier criatura nocturna. Vi la forma en que codiciaba nuestros caballos y nuestras armas. Es por esa razón que vigilaremos en parejas en la noche. Primero Gram y tú, luego Unferth y Wiglaf, y después Hrothgar y yo.

—¿Crees que aceptará hacer una guardia?

—Me gustaría ver si se atreve a negarse —respondió Bassus.

Estaban casi en la puerta cuando se escuchó la voz alta y clara de Wiglaf que provenía del interior de la vivienda mientras les contaba un cuento a los jóvenes hijos de Hrothgar.

—¿Qué hay de Heorogar y Hondscio?

—Son solo niños. Es mejor que se queden dentro con su madre.

Octa hizo una pausa antes de abrir la puerta.

—¿Crees que la criatura volverá esta noche? —preguntó.

Bassus se frotó la barba con una mano. Sus ojos se mostraban sombríos en la creciente oscuridad.

—No lo sé, muchacho, pero espero que sí —contestó.

—¿¡Esperas que sí!?

—Sí. Sabemos que, tarde o temprano, tendremos que matarla, y es mejor hacerlo sin tener que pasar otro día recorriendo este maldito pantano.

Bassus abrió la puerta. Salió una ráfaga de aire caliente con olor a pescado que se filtró en la noche helada. Octa se estremeció. Colocó su mano en el mango de cuerno de su cuchillo y se asomó atento en la niebla durante un largo rato antes de apartarse de la fría penumbra y atravesar el umbral de la casa de Hrothgar.

Once

Hubo un caos de sonidos y gritos que hicieron que Octa se levantara de un salto de donde estaba acostado junto a las cálidas brasas de la fogata. Casi no había dormido. Sentía como si apenas hubiese cerrado los ojos después de su larga y fría guardia. Su mente estaba embotada, pesada por el cansancio y por la cerveza rancia que había tomado la noche anterior. Tenía el cuchillo en la mano; no lo había enfundado para descansar.

A su alrededor todo era una locura. Demasiados hombres en la pequeña cabaña luchaban por salir del estado de letargo; todos al mismo tiempo. Insultos y alaridos desde lo profundo de la oscuridad de la casa se sumaban a la cacofonía en el exterior.

Otro grito penetró en el aire nocturno. Octa saltó hacia la puerta y la abrió de golpe. La fría niebla de la noche se metió en la cabaña. En la entrada había una figura tenebrosa. Por un instante, el guerrero se preparó para atacar, pero el aire helado lo hizo entrar en razón como una bofetada. No era una criatura nocturna.

—Unferth —dijo Octa—. ¿Qué sucedió?

—¡Tomen las armas! —gritó Unferth cuando recuperó la voz—. ¡Tomen las armas! La criatura está afuera y Wiglaf ha caído.

Bassus, Hrothgar y Gram se abrieron paso empujando a Octa y se adentraron en la noche.

—¿Dónde? —preguntó Bassus.

Unferth no respondió, pero señaló hacia el oeste. La luna estaba alta y la tierra cubierta de neblina se iluminaba con un resplandor plateado. Los hombres se apresuraron por salir.

—Ven, muéstranos —dijo Octa e instó a Unferth a moverse de un empujón.

Pero Unferth no quiso volver a la niebla. Su rostro se veía blanco en la oscuridad, un blanco salpicado de negro. Sangre. Octa lo empujó una vez más. El *thegn* estaba ataviado en su ropa de batalla y cargaba una fina espada.

—Ven, necesitamos tu fuerza, Unferth.

El viejo guerrero negó con la cabeza. Al ver que era inútil

insistir, Octa le agarró la muñeca derecha y, con la otra mano, le sacó la espada. Era mejor utilizar el arma antes de dejarla en la cabaña donde Modthrith y sus hijos se escondían. Octa empujó a Unferth y corrió tras los demás. El peso de la espada, aunque se sentía extraño en su mano, era bienvenido.

Un terrible rugido de ira y sonidos de forcejeos se escucharon en la niebla. Octa corrió y entonces los vio. Bassus, Gram y Hrothgar agitaban sus armas. La luz de la luna se reflejaba en las espadas. Delante de ellos se agachaba una enorme bestia toda cubierta de un pelaje desgreñado. Estaba encorvada sobre un cuerpo, un cadáver. Era Wiglaf.

De una de las patas del *nihtgenga*, colgaba el rostro conmocionado del joven guerrero. Al igual que Breca, le había arrancado la cabeza del cuerpo. Wiglaf había sido amigo de Octa. Era inteligente y de mente ágil; sus ideas eran tan rápidas como los relámpagos en un cielo amenazante e inmóvil. Pero ahora la bestia lo asesinó y se lo llevó. Los ojos sin vida del joven guerrero miraban desde el rostro bañado en sangre.

Sin dudarlo, Octa levantó la espada de Unferth y se abalanzó sobre la despreciable criatura. El guerrero rugió, liberando su ira interior, la furia animal que mantenía encerrada en lo más profundo de su ser. Ese odio había roto las cadenas y nada lo saciaría, excepto la sangre.

El caminante nocturno, con una velocidad que su tamaño no dejaba entrever, arrojó la cabeza hacia un lado y se puso de pie. Se irguió ante Octa. El guerrero se lanzó hacia él y fue incapaz de modificar su ataque. El golpe de la espada, que se suponía debía cortarle la cabeza, se clavó en el pecho del monstruo. Fue como golpear una roca. Un destello de chispas iluminó brevemente la penumbra. La vibración de la espada recorrió el brazo de Octa y se le entumeció la muñeca por el impacto. Un golpe de esos debería haberse enterrado bien profundo en la carne de la bestia. Tal vez, incluso, partirla en dos. Pero el *nihtgenga* apenas se tambaleó. Dejó escapar un gruñido y luego golpeó al guerrero con un puño como si fuera de hierro. El *thegn* cayó hacia atrás en el barro, con el labio

partido. Tenía sabor a sangre. Se le nubló de nuevo la cabeza y comenzaron a brillar luces delante de sus ojos. Luchó por levantarse. Todo estaba borroso. Los sonidos eran más intensos de lo que debían ser.

Bassus soltó un rugido y corrió hacia la criatura. Gram iba detrás de él. Octa sacudió la cabeza para despejarla. Debía ayudar a sus amigos. Se puso de rodillas mientras escupía sangre en el barro. Con la mano encontró la empuñadura de la espada que había dejado caer y se levantó con dificultad. Bassus y Gram todavía luchaban contra la criatura. Hrothgar, casi tan alto como el que camina en las sombras, estaba quieto, alejado de la pelea.

Sin aviso, Gram se precipitó sobre Hrothgar y ambos cayeron enredándose entre ellos. Bassus se enfrentó solo al monstruo. Octa volvió a sacudir la cabeza. Todavía estaba mareado, pero no dejaría que su compañero luchara sin ayuda contra la bestia. Agarró la espada con firmeza y dio un paso hacia adelante.

—¡Oye! —gritó Octa—. ¡Todavía no he terminado contigo, feo hijo de perra!

Por unos segundos, la criatura giró la cabeza hacia la voz. Bassus aprovechó la oportunidad y le enterró el arma. Debió haber dado en el blanco, puesto que el demonio dejó escapar un alarido de dolor, casi como el de un niño. El *thegn* se apresuró a atacar, pero la criatura, aunque herida, era rápida como creían. Dio un salto y la niebla se la tragó. Oyeron el chapoteo que se alejaba en la distancia y la noche volvió a estar en calma.

Octa extendió la mano y ayudó a Gram a ponerse de pie. Ignoraron a Hrothgar, que parecía aturdido, sentado en el fango. Se acercaron a Bassus que observaba el cuerpo ante sus pies. Permanecieron un rato parados, jadeando por el esfuerzo.

—Pobre Wiglaf —dijo Octa—. Lo enterraremos entero. —Se inclinó hacia el cadáver y le quitó el manto. Luego, despacio, con manos temblorosas colocó la cabeza de Wiglaf sobre la lana y la envolvió con cuidado. Se sintió aliviado cuando ya no pudo ver aquellos ojos sobresaltados.

—Sí —dijo Bassus—. Pobre Wiglaf. Tuvo que montar guardia

junto a un cobarde.

Ni Octa ni Gram contestaron. La ira se apoderó de Bassus como el hedor de las plantas podridas se apoderaba del pantano.

—Heriste a la criatura —sostuvo Gram.

Bassus miró la espada que tenía en la mano. La hoja estaba manchada con sangre oscura. Los dientes le brillaban en la oscuridad.

—Sangra como un hombre —dijo.

—Esa cosa no era un hombre —agregó Octa mientras recordaba el dolor en su muñeca cuando golpeó al monstruo con su arma.

—Sea lo que sea sangra y morirá. Hago mi juramento ante Woden, Padre Todopoderoso. Cuando salga el sol, seguiremos al caminante nocturno hasta su guarida y lo mataré.

Detrás de ellos, Hrothgar finalmente salió de su aturdimiento y se lamentó.

Doce

Estaban listos para partir cuando salió el sol. Un viento frío soplaba desde el este deshaciendo la bruma. Desde la leve elevación de la vivienda de Hrothgar podían ver el pantano. En la distancia, la tierra se levantaba de nuevo antes de llegar a la costa. Sin el manto de niebla, podrían abrirse paso a través de los charcos y las aguas estancadas.

Desde la orilla del lodazal, Gram sonrió sombríamente y le hizo a Bassus un gesto con la cabeza. Las huellas de la bestia eran claras, y las oscuras salpicaduras de sangre de su herida dejaban ver por dónde había pasado.

—¿Puedes rastrearla? —preguntó Bassus.

—Sí. Con el cielo despejado, deberíamos encontrarla hoy.

Bassus se volvió hacia Hrothgar, quien se veía más pequeño en la luz gris del amanecer. Tenía los hombros encorvados y la mirada baja.

—Dejaremos los caballos aquí —dijo Bassus—. Están a tu cuidado. Si les ocurre algo, tú serás el responsable. Son de los establos del rey y no es un hombre compasivo. Procura que nada les pase.

Hrothgar asintió, pero no habló. No era el mismo de aquella batalla en la oscuridad. Ya no era el hombre beligerante y rudo que demandaba un pago por su hospitalidad. En cambio, era sumiso y nervioso, como un sabueso que ha recibido demasiadas patadas. Su mujer y sus hijos parecían haberse quedado en silencio también. Modthrith, sin hacer un solo ruido, pero observando todo de aquí para allá, les había servido un poco de pan blando y anguilas saladas con más cerveza. La mirada de la mujer hacía que Octa se inquietara.

—¿Listo? —preguntó Bassus en voz alta.

Octa asintió y su compañero le dio una palmada en el hombro.

—Bien. Encontremos al bastardo y matémoslo. Ha traído demasiada muerte y miseria. Gram, guíanos —agregó Bassus sin detenerse a mirar a Unferth.

Cuando regresaron a la vivienda en la noche, Bassus tomó una de las palas y la lanzó de forma salvaje sobre el pecho de Unferth. Al principio, el viejo *thegn* parecía confundido, pero un momento después tomó el mango de madera.

—Cava un agujero para Wiglaf —ordenó Bassus—. Entiérralo bien profundo.

Unferth, sin hablar, salió de la cabaña con la cabeza gacha. Octa lo esperaba. El mayor de los *thegns* caminó desde la tumba que había cavado con el rostro demacrado con un gris nauseabundo como el vientre de una trucha.

—Ven, Unferth —dijo Octa—. No te sientas culpable. La muerte de Wiglaf no fue tu responsabilidad. —Puso una mano en el brazo de Unferth, pero el guerrero lo ignoró y pasó a su lado rozándolo sin decir una palabra.

Avanzaron a buen ritmo a través del pantano. Gram fue capaz de seguir el rastro de la bestia con facilidad. Aunque la brisa en sus rostros los hacía lagrimear, y el labio hinchado y lastimado de Octa temblaba con el frío, la falta de niebla les facilitaba la marcha en comparación con los días anteriores. No se resbalaban ni se deslizaban a ciegas en charcos helados y pestilentes, sino que elegían cuidadosamente sus pasos, pasando de una mata de hierba del pantano a otra. De este modo, conseguían permanecer bastante secos. Octa no podía creer que hubieran estado perdidos durante tanto tiempo en un pedazo de tierra tan pequeño. El sol aún estaba lejos de su cenit cuando la tierra debajo de ellos se volvía más seca y sólida. Se detuvieron cuando el terreno se elevó. Octa miró hacia atrás y pudo ver la fina estela de humo de la chimenea de Hrothgar.

—¿Realmente nos perdimos en ese pantano? —dijo más para sí mismo que para los demás.

Bassus frunció el ceño.

—Debe estar maldito —dijo—. Podríamos caminar de un extremo a otro en el tiempo que lleva darle un buen revolcón a una mujer.

—Me temo que no llegaríamos muy lejos en el tiempo que a ti te lleva darle una sacudida a una prostituta —dijo Gram.

Bassus resopló, pero no respondió a la burla. El intento de levantar el ánimo había fracasado. Ninguno de ellos se rio. Girándose hacia Gram, preguntó:

—¿Hacia dónde se dirige la criatura?

El viejo guerrero examinó la hierba en el suelo que se elevaba hacia el este. Se sentía el aroma del mar en el aire. Las gaviotas acariciaban el cielo.

—El *nihtgenga* no cambió de rumbo —confirmó Gram—. Fue directamente por este risco.

Siguieron adelante.

—Si los dioses nos sonríen —agregó el *thegn*—, podríamos atrapar al monstruo mientras brille el sol. O… —Se agachó, colocó su mano sobre algo y luego la levantó para que todos la vieran—. Quizás el golpe de Bassus haya acabado con la criatura y la encontremos muerta. —Les mostró la mano roja con sangre que la bestia había dejado a su paso.

Todos asintieron y continuaron. Pero Octa no creía que su *wyrd*, su destino, fuera encontrar muerta a la criatura. Confrontarían al caminante nocturno de nuevo, estaba seguro de ello. Se sentía como si estuvieran viviendo un cuento de alguien más y no había nada que pudieran hacer para cambiarlo. Que el pantano los hubiese atrapado y conducido hasta la morada de Hrothgar, que la bestia atacara durante la noche, que Wiglaf muriera, e incluso que Bassus hiriera al *nihtgenga* y este dejara su rastro de sangre fuera de la marisma, era lo que debía suceder. El guerrero podía sentir los hilos de su destino y los de sus compañeros que se entrelazaban y se retorcían inexorablemente con los de la criatura herida. Escupió y buscó el martillo que llevaba. Era como el de Thunor, dios del trueno y la fuerza. Hizo una mueca de dolor cuando la herida del labio se abrió una vez más. ¿Acaso el demonio estaba observándolos ahora? Había matas de mar de rosas y algunos espinos amarillos enanos que se aferraban a la ladera azotada por el viento, pero no había ningún lugar donde pudiese esconderse un monstruo tan enorme.

El sonido del viento se hizo más intenso. Se escuchaba el choque

lejano de las olas y el chillido de las gaviotas. Los guerreros habían llegado al final del rastro de la criatura. Se encontraban en el borde del precipicio. Muy por debajo de ellos, las olas chocaban con las rocas y generaban enormes salpicaduras. A lo lejos, en el mar se observaban dispersas las islas Farne. La tierra caía en un acantilado escarpado lleno de rocas puntiagudas y arena de una pequeña playa.

—Bueno —dijo Bassus, haciendo la misma pregunta que Octa formulaba en sus pensamientos—. ¿A dónde se fue el bastardo?

Gram, con cuidado de no resbalar, se asomó a la orilla del vacío. Después de un largo rato, se levantó y regresó a donde estaban reunidos, alejados del borde. La boca se le torció en una expresión extraña.

—¿Qué? —preguntó Bassus.

—Creo que el bastardo se fue por el filo —contestó Gram con el ceño fruncido.

Trece

El viento azotaba a Octa. Se le habían entumecido los dedos por el frío; sin embargo, no podía detenerse a calentarlos. La capa se agitaba y tiraba de él, amenazando con tirarlo de la pared del risco hasta su perdición. Miró hacia abajo. Aún faltaba mucho por recorrer. Era una locura. Deberían haberse quedado en la cima. No serían útiles para el rey Edwin ni para nadie más si caían y morían destrozados y ensangrentados contra las rocas en el fondo del acantilado.

Rechinando los dientes, Octa buscó otro punto de apoyo con los dedos de los pies. Pateó los detritos de un pequeño nicho, los restos de un viejo nido, y descendió un poco más.

—Hay una cueva ahí abajo —había dicho Gram poco antes, y todos se reunieron con precaución en el borde del precipicio. Miraron y vieron que el guerrero tenía razón. Había una apertura muy por debajo de ellos. Debía ser la guarida de la bestia.

—No podemos bajar hasta ahí —repuso Unferth. Era la primera vez que hablaba desde la muerte de Wiglaf. Su rostro estaba pálido y demacrado, del mismo color que su barba canosa.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —replicó Bassus—. Debemos matar a la bestia, o asegurarnos de que esté muerta antes de volver con el rey. Todavía hay mucho sol. ¿Prefieres esperar hasta el anochecer?

Unferth se estremeció al escuchar esas palabras, tal vez le recordaban al enorme bulto de la criatura que se asomaba en la oscuridad.

—No tenemos cuerda —agregó Octa.

—Hay muchas rocas y salientes para ayudarnos a bajar —afirmó Bassus con seguridad. Aunque ahora, con el viento helado azotándolo y con los dedos de las manos y de los pies entumecidos por el frío, Octa se preguntaba si, una vez más, habían caído en un exceso de confianza de su líder.

Dejaron a Unferth en lo alto del acantilado.

—Yo vigilaré desde aquí. No soy lo suficientemente fuerte para

bajar. No soy el hombre que era antes —dijo en voz baja. Y aunque Octa sintió lástima por él, Bassus escupió sobre el acantilado y, con palabras que destilaban desprecio, le dijo:

—Dale tu espada a Octa para que un guerrero le dé un buen uso. —La noche anterior, el joven le había regresado la espada al viejo *thegn*. Unferth se quitó el cinturón y se lo entregó con el arma enfundada.

—Esta espada se llama Hrunting —le aclaró Unferth—. Fue un regalo del rey Edwin cuando yo era joven. Nunca se ha forjado una hoja más fina. Cuídala bien, joven Octa, y tráemela.

El guerrero la aceptó.

—Es una espada magnífica y auténtica, Unferth. Espero poder matar a la bestia con ella para que aumente su gloria. Te la devolveré, si es que sobrevivo.

Un guijarro rodó por el acantilado y golpeó a Octa en la cabeza provocándole dolor.

—¡Por la verga de Thunor! —exclamó el guerrero con un grito de sorpresa y miedo.

Cuando levantó la vista, vio que Bassus había perdido el equilibrio. Por un instante, el enorme *thegn* colgaba de las puntas de los dedos, agitando los pies en busca de apoyo. Cayeron más piedras y Octa apartó el rostro. Apretó los dientes y se empujó contra la pared. Si Bassus cayera, seguramente lo arrastraría con él. Pero ningún cuerpo que se desplomaba a toda velocidad lo sacó de su posición. Octa abrió los ojos y miró hacia arriba una vez más. Bassus había encontrado un saliente para sus pies y le sonreía.

—Esto es mejor que estar encerrado con las mujeres para las celebraciones de Yule, ¿no? —Bassus rio.

Octa negó con la cabeza. ¿Sería su destino morir así? ¿Caer desde un acantilado en esa tierra del norte? No sería un destino digno de relatar en una canción. Apretó la mandíbula y siguió descendiendo.

Gaviotas de plumas grises y blancas volaban cerca largándose en picada y chillando a los intrusos por invadir su rocoso territorio. Para Octa sonaba como si se estuvieran riendo. El joven guerrero

notó algo cuando estiró la mano para ponerla en una pequeña grieta. Era una mancha marrón oscura que no se asemejaba a los excrementos blancos de los pájaros. Era sangre seca. El *nihtgenga* había descendido por ahí. Bajó la mirada, temeroso de que la bestia estuviera debajo lista para abalanzarse de repente, o tal vez trepando hacia ellos a pasos agigantados. Sin embargo, más abajo, solo había rocas, arena, olas y la boca de la cueva que parecía un bostezo en el interior del acantilado.

El lugar estaba en la sombra y el viento del mar lo hacía amargamente frío. En varias ocasiones, Octa temió que él o uno de sus compañeros cayera, pero por fin, los pies se le hundieron en la arena y entre los guijarros. Miró hacia arriba, mientras Bassus y Gram bajaban por el último tramo de rocas desmoronadas. Detrás de él, las olas se estrellaban contra las puntas afiladas de las rocas que sobresalían por sobre el oleaje. El rocío era igual de frío que trozos de hielo. Se cubrió con la capa y se frotó las manos tratando de recuperar la sensibilidad. En la cima del risco, podía distinguir el rostro gris de Unferth que observaba hacia abajo para ver cómo les iba. Le levantó la mano y el viejo *thegn* respondió con el mismo gesto.

Bassus y Gram finalizaron el descenso y se pararon junto al joven guerrero, contemplando el acantilado ensombrecido. Las nubes se habían reunido en el cielo. Un escalofrío recorrió toda la columna vertebral de Octa de tan solo pensar en hacer la subida bajo la lluvia.

—Bueno, lo logramos —dijo Bassus. Se estiró y movió los brazos para eliminar la tensión que se había acumulado. Colocó sus manos nudosas detrás de la cabeza y haló haciendo crujir el cuello. Así preparado, el alto *thegn* desenfundó la espada y se volvió hacia el hueco en la pared rocosa; la cueva donde, con seguridad, habitaba la bestia.

Gram, aparentemente impávido por el frío, por la larga bajada o por la posibilidad de enfrentarse al monstruo en la oscuridad, sacó su espada. Octa desenvainó a Hrunting y, por un momento, se maravilló con los dibujos de serpiente en la hoja. Le temblaban las

manos. Esperaba que los demás no lo notaran.

—Que los dioses nos sonrían ahora —dijo Bassus y lideró el camino hacia la pedregosa abertura.

Catorce

La cueva estaba oscura. Se les resbalaban los pies en las rocas. El choque y el golpe de las olas que rompían se escuchaba con fuerza a sus espaldas mientras se adentraban poco a poco en la abertura del acantilado. El rocío helado del mar salpicaba alrededor y caía sobre los guerreros. El gélido viento soplaba y los empujaba hacia adelante con manos invisibles. Pisoteaban las algas a su paso. Octa resbaló y cayó con fuerza. Perdió a Hrunting y se raspó las manos contra lapas y percebes. Mientras maldecía para sus adentros, se puso de pie de un salto y recogió la fina espada de donde había caído. Los tres hombres dudaban, esperando a la bestia que, sin duda, saltaría de la oscuridad para luchar contra ellos. Pero no apareció nada. Octa dejó salir la respiración que tenía contenida y, una vez más, se adentraron en la penumbra.

Un estanque, repleto de anémonas y algas pardas, cubría la entrada. Después de buscar en vano un camino seco, Bassus se metió en el agua. Bajó el pie, inseguro de la profundidad o de lo que podría acechar entre la maleza, pero el líquido le llegaba justo por encima del tobillo. Metió el otro pie y pisó. Octa y Gram le siguieron de cerca. El agua estaba fría e hizo que Octa temblara. Sin hablar, se introdujeron en las sombras bajo la tierra. Después del estanque, el suelo se elevaba y la abertura se desviaba hacia la izquierda. Había espacio para que pasara uno a la vez. Aquí es donde la bestia atacaría. Una emboscada, y Bassus sería derrotado antes de que Gram u Octa pudieran acercarse al monstruo. El gran guerrero se giró para mirarlos un momento. Su rostro era sombrío con ojos que brillaban por la luz que se reflejaba del cielo gris de la tarde. Asintió con la cabeza, pasó por la puerta rocosa y entró en la caverna. No hubo gritos. No hubo un golpe repentino ni un grito de batalla. Octa se apresuró a avanzar, con Gram cerca de él.

A medida que avanzaban y se aventuraban en la sombría cueva, los sonidos del mar y del viento se desvanecían, tragados por la tierra. En la repentina quietud, Octa miró a su alrededor, movía los ojos con rapidez alrededor de la caverna en busca de señales de

peligro y, enseguida, se acostumbró a la oscuridad. Se filtraba suficiente luz a través de la boca de la cueva para iluminar nítidamente los secretos del frío y húmedo territorio del *nihtgenga*.

No había señales de la enorme criatura que habían enfrentado la noche anterior, pero ahora no cabía duda de que estaban en la guarida del asqueroso demonio. Sobre el olor del agua salada y de las algas, yacía el intenso y repugnante hedor de carne podrida. Había una salpicadura blanca en la oscuridad. ¿Podría ser mierda de pájaro en las piedras? Era inusual que las aves se atrevieran a entrar en una cueva. Octa dio un paso tentativo para acercarse. De repente, comprendió lo que estaba viendo y respiró súbitamente. No era excremento de pájaros. No. Era el cráneo de un hombre. Cabello oscuro aún se aferraba a él, pero no había piel, lo que dejaba brillar el pálido hueso. Otras tres cabezas, cada una en diferentes etapas de descomposición, descansaban junto al cráneo de hueso desnudo. Las cavidades negras de los ojos en los horribles rostros parecían observarlos. Las cabezas se encontraban en un borde de piedra a cierta altura de la pared de la cueva. Debajo de ellas había un montículo de ramas. No, no eran ramas. Eran huesos. Octa no deseaba acercarse a esos espeluznantes restos de las víctimas, pero estaba seguro de que si tomaba uno de esos huesos y lo examinaba bajo una luz intensa encontraría los mismos patrones que habían visto en las costillas de Breca. Se le revolvió el estómago y, por un instante, creyó que vomitaría.

—La criatura no está aquí —dijo Gram haciendo eco en la rocosa caverna.

Octa apartó su mirada de los horripilantes espectadores sobre el estante de piedra y miró alrededor. Gram tenía razón. El lugar no era mucho más grande que el hogar de una familia humilde. La tenue luz de la entrada era suficiente para ver que el caminante nocturno no se veía en ninguna parte. En el interior de la cueva, sobre una pequeña extensión de arena, se encontraban los restos de una pequeña fogata. Octa se arrodilló junto a las cenizas y madera carbonizadas, y sopló con suavidad sobre las brasas que brillaban rojo en lo penumbra.

—Todavía está caliente —dijo.

Un ligero sonido le hizo alzar la mirada bruscamente. Levantó la espada de Unferth y se puso de pie con rapidez.

—¿Qué fue eso? —preguntó, asomándose a los recovecos más profundos de la caverna—. ¿Quién está ahí? —Oyó a Bassus y a Gram que se acercaban para prestarle apoyo, uno a cada lado de él. Octa no apartó la vista de donde había salido el sonido.

Sin duda, había alguien o algo ahí dentro con ellos. Sus nudillos se blanquearon mientras se aferraba al agarre de Hrunting. Desde afuera, se oían los susurros de las olas y el chillido de los pájaros en el viento.

—¿Quién está ahí? —volvió a preguntar, y dio un paso adelante. Bassus y Gram lo siguieron hacia el interior de la caverna.

Sintieron que algo se movía. Un crujido de telas. Los tres guerreros se agacharon, listos para defenderse del ataque, pero nada ocurrió. Fue entonces cuando la vieron, acurrucada y oculta bajo una gran piel de oso. Tal vez había estado durmiendo y se despertó al escuchar las voces. Ahora los miraba desde el calor de su nido de pieles con ojos grandes, claros y brillantes; las mejillas, suaves y pálidas como una piedra pulida. Seguramente era la muchacha que la bestia se había llevado, pero ¿cómo seguía viva?

—¿Wealhtheow? —dijo Octa. Un parpadeo de agradecimiento con esos enormes ojos, tal vez. Sin embargo, ella no respondió.

—Habla, muchacha —dijo Bassus con amabilidad—. ¿Estás herida?

De nuevo, no hubo respuesta.

—¿Dónde está la criatura? —intentó Octa, pero una vez más se topó con el silencio.

—¿Cómo vamos a subirla por el acantilado? —preguntó Gram—. ¿Puedes escalar?

Octa creyó percibir un pequeño movimiento de su cabeza, pero aun así, no habló. Ahí, en la penumbra de la cueva, rodeada de cadáveres como si fueran los trofeos del *nihtgenga*, el silencio de la muchacha era inquietante.

—Quizá haya otro camino —sostuvo Bassus—. Tal vez, si

seguimos la playa hacia el sur, podemos encontrar una pendiente más fácil. Gram, ve qué puedes encontrar. De lo contrario, tendremos que idear cómo llevarla por el acantilado. Este lugar no es seguro.

Gram salió de la cueva y regresó unos instantes después.

—No puedes haber buscado otro camino hasta la cima del acantilado en ese tiempo —le dijo Bassus.

Octa sintió un cosquilleo en la nuca. Tal vez la bestia había regresado a su guarida, aunque seguramente Gram les habría alertado con un grito.

—No he buscado —dijo Gram—, pero puedo asegurarte que ninguno de nosotros podrá salir de aquí hasta el amanecer.

—¿Por qué? —indagó Bassus—. Ni siquiera ha anochecido.

En ese mismo instante, una ola se estrelló en el exterior; el ruido repentino se sintió fuerte en la cámara de eco. El rocío salpicó las paredes de la entrada, y el agua bañó las rocas del lugar.

—Tienes razón —dijo Gram con una expresión seria—. Pronto oscurecerá y, al parecer, la noche ha traído la marea. Me temo que tendremos que dormir, de nuevo, en un lugar deprimente.

Octa suspiró. La idea de pasar la noche en esa caverna cubierta de sangre lo llenaba de temor.

—Y …—agregó Octa, pasándose la mano izquierda por su incipiente barba— roguemos que el caminante nocturno no sepa nadar.

Quince

—Tal vez la criatura se arrastró a un agujero en alguna parte y murió —dijo Gram—. Recibió un duro golpe de ti, Bassus. Y de ti, Octa.

Octa recordó la sacudida de dolor en su muñeca cuando clavó el filo de Hrunting en el costado del monstruo; fue como golpear las rocas del acantilado. No podía creer que la bestia solo se hubiera acurrucado y sucumbiera a las heridas.

—Puede ser —agregó Bassus, pero no parecía convencido. Tenía los ojos ensombrecidos con anillos oscuros, como si estuvieran magullados. Estaba exhausto. Todos lo estaban, con los huesos y los músculos pesados.

En el rato en el que lograron cerrar los ojos, durmieron muy mal, a duras penas. Se habían turnado para vigilar, a la espera de que la enorme figura del caminante nocturno irrumpiera de repente por la boca de la caverna.

Octa removió las brasas y avivó el fuego, alimentándolo con astillas de madera y pequeñas ramas que pudo encontrar en el suelo arenoso. Una vez que las llamas ardieron, la muchacha se acercó en silencio con grandes trozos de madera flotante que se habían amontonado en el fondo de la cueva. Octa asintió para agradecerle. Wealhtheow, sin hablar, regresó a su nido de pieles de animales. Desde allí, con sus ojos brillantes, observaba sin perder nada de vista.

Los pedazos de madera desgastada por el incesante movimiento del mar se quemaban con extrañas tonalidades de verde y azul. Tal vez, era mágica o estaba maldita, atravesada por púas de elfos. Sin embargo, les había dado suficiente calor y claridad hasta que destellos de la luz del amanecer, como pálidos dedos grises, arañaron la oscuridad de la cueva.

Afuera, el día era frío y tranquilo. La marea había bajado y las olas rodaban de forma suave sobre la arena y los guijarros de la playa. Todo volvía a estar envuelto en un manto de niebla. Las islas lejanas, ahora estaban ocultas, y cuando miraron hacia el

acantilado, no pudieron percibir la cima.

—¡Unferth! —bramó Bassus en la niebla e hizo que Octa se sobresaltara. A su lado, Wealhtheow, frágil y pálida como una paloma y envuelta en su ropa de dormir de lino, se acomodaba la piel de oso sobre los hombros. Seguía sin hablar, pero los había acompañado fuera de la caverna y hacia la brumosa mañana.

—¡Unferth! —volvió a gritar Bassus. No hubo respuesta. Gram miró a Octa. Esa mirada significaba que el viejo guerrero había huido. O tal vez algo peor le había pasado. Y luego, tan débil como la cerveza de Hrothgar, llegó una respuesta desde lo alto en la cima del acantilado.

—Estoy aquí, Bassus —gritó Unferth—. Creí que habían muerto.

—Estamos todos vivos, todavía —dijo Bassus—. Y hemos encontrado a la hija de Hrothgar. Está viva y parece que se encuentra bien.

—¿Y la bestia? —preguntó Unferth.

—No hay rastros.

—Sube entonces —gritó Unferth—. Tengo frío y tampoco vi nada con vida anoche.

—Me pregunto dónde está la criatura —Octa expresó la pregunta que todos pensaban.

—No lo sé —respondió Bassus—, pero no podemos quedarnos aquí. Debemos llevar a la muchacha de vuelta con sus padres. Después podremos buscar una cuerda y regresar por la criatura. No voy a quedarme atrapado aquí abajo cuando vuelva la marea.

Octa temblaba.

—¿Puedes escalar? —Bassus le preguntó a Wealhtheow, había ternura en su tono de voz.

Sin mirar arriba hacia el rocoso acantilado, la joven asintió con la cabeza.

—Bien. Octa, guíanos. Yo te seguiré. Después, sigues tú —Bassus le indicó a la muchacha—. Gram, vendrás último y ayudarás a Wealhtheow si lo necesita.

Octa no tenía ganas de volver a trepar la pared, pero no había otra forma de subir desde la playa. Movió los brazos un par de veces

para aflojar los músculos y se acomodó la capa en el cinturón para evitar que se moviera.

—Estamos subiendo —gritó Octa. Unferth no pensó que fuera necesario darle una respuesta.

Octa escupió en la arena y se agarró de las rocas. Subir fue menos arduo que bajar. Aunque no era fácil, no había una brisa penetrante que amenazara con derribarlo. Buscar asideros y salientes también fue más sencillo. Le requería menos esfuerzo ver dónde podía poner los pies, e incluso se dio cuenta de que recordaba algunas de las grietas y rocas que lo habían ayudado el día anterior. Los pájaros parecía que habían decidido dejar que los escaladores ascendieran en paz. Tal vez fue por la bruma, pero ninguna de las gaviotas se acercó a ellos. En vez de eso, los guerreros y la muchacha subieron en silencio en la oscuridad de la niebla.

Pese a la mejora con el día anterior, la subida seguía siendo dura. Octa estaba a menos de la mitad de camino y le ardían los brazos y los dedos por el esfuerzo. Su aliento se había transformado en nubes de vapor alrededor de la cabeza. Al mirar hacia abajo, vio a Bassus con la cara roja y jadeando a poca distancia. La playa seguía siendo visible, pero con una gran neblina. La cima del risco permanecía sumergida en la bruma. Siguió subiendo, le costaba respirar. El sudor le había pegado el rubio cabello a la frente. ¿Cuánto faltaba? Parecía que la niebla se había vuelto más espesa. Echó un vistazo hacia abajo y pudo distinguir a Bassus, pero Gram y la muchacha no se veían.

Más arriba, la roca se elevaba en una escarpada pared para desaparecer en la oscuridad. Se acercó a una grieta cubierta de manchas blancas. Comprobó que estuviera bien agarrado y se impulsó hacia arriba hasta que logró colocar el pie en un pequeño peldaño de piedra que sobresalía. Descansó un momento mientras respiraba profundamente el aire frío y húmedo de la mañana. Observó con detenimiento en la niebla. Todavía no había rastro del final del acantilado. Era como si se encontrara escalando en un reino mágico, una tierra donde no existía límite para el precipicio. Tal vez los dioses los observaban y se reían de los tontos hombres, sabiendo

que nunca llegarían a la cima.

El joven guerrero sacudió la cabeza para borrar esos pensamientos. Debajo de él, Bassus se esforzaba, resoplando mientras subía su pesado cuerpo. El sonido de las olas que rompían en la playa y se alejaban era claro y fuerte. No era más que un risco en un brumoso día de invierno. Solo eso. Una vez más volvió a centrar su atención en la subida, ya debía haber recorrido más de la mitad del camino.

—¿Unferth? —llamó Octa intentando hacerse una idea de la distancia a la que se encontraba el hombre por su respuesta.

Se oyó un aullido ululante, seguido de un golpe. El sonido de escudos de madera chocando, o de algo grande y pesado que golpeaba contra un escudo. El ruido estaba cerca.

—¿¡Unferth!? —gritó de nuevo, pero no hubo respuesta.

Los sonidos de forcejeo continuaban. Se oyó un gruñido y el crujido de huesos que chocaba contra la madera de tilo otra vez. Un grito. No había nada que el *thegn* pudiera hacer colgado del acantilado. Apretó los dientes y trepó tan rápido como pudo.

Dieciséis

Aunque el último tramo del acantilado parecía interminable, seguramente solo faltaba el doble de la estatura de un hombre. Mientras subía, Octa podía escuchar los sonidos de la pelea. Por momentos, los gruñidos y el clamor de la batalla se hacían más fuertes, y luego se calmaban, parecía que la niebla jugaba trucos con sus oídos. El guerrero se quedó en silencio. Tal vez la bestia no había escuchado sus gritos porque seguramente debía ser ella la que había regresado a su guarida y ahora luchaba contra Unferth.

Después de lo que pareció ser una eternidad, la mano de Octa agarró las ramas de un espino amarillo. Se arrastró el resto del camino sobre la cima del acantilado, con la certeza de que, en cualquier momento, el monstruo lo atacaría y lo enviaría dando vueltas hacia su muerte en las rocas debajo. Pero no se produjo ningún ataque. Unferth había captado la atención de la criatura que lo mantenía sumamente ocupado. El viejo *thegn* estaba de pie, agazapado, con el escudo preparado para defenderse. Mientras Octa observaba, la enorme bestia, cubierta de un pelaje desgreñado, se lanzó hacia adelante con una velocidad increíble. Unferth la golpeó con su lanza y ella retrocedió. Había hecho bien en mantenerla a raya tanto tiempo; él solo. Sin embargo, ya no estaba a solas. Octa se alejó del borde del precipicio y sacó a Hrunting de la vaina. La hoja de la espada vibró, parecía que rugía después de haber estado guardada.

—¡Por órdenes del rey Edwin, perderás la vida, bestia! —dijo Octa sin saber si el monstruo había comprendido las palabras—. Has matado por última vez. ¡Ahora morirás!

El gigante, con su melena de pelos que temblaban, giró la cabeza hacia Octa. Durante un minuto, se quedó allí, mirando con oscuro odio al joven guerrero que se encontraba delante de él. Octa deseaba que Unferth aprovechara la oportunidad que tenía, puesto que sin defensas a las que enfrentarse podía clavarle la lanza. Octa le sostuvo la sombría mirada a la criatura.

—¡Vamos, por Woden, mátala! —le dijo a Unferth.

Pero Unferth no atacó. El guerrero, con el rostro pálido y atemorizado, vio una oportunidad diferente… para escapar. Se dio la vuelta rápidamente y huyó. En un instante, se perdió en la niebla.

El caminante nocturno ni siquiera miró al huidizo caballero. Levantó la cabeza hacia el cielo y dejó salir el interminable aullido que Octa había escuchado mientras subía por el acantilado. El aliento de la criatura se esparció por encima de él en la niebla. Y luego, dejando caer la cabeza como un jabalí acorralado por sabuesos, se lanzó hacia Octa.

Tal era la velocidad del *nihtgenga* que el guerrero apenas tuvo tiempo de reaccionar. Blandió su espada contra la bestia que embestía, pero al igual que antes, el golpe retumbó en el cuerpo como si fuera de piedra. Un instante después, la criatura lo chocó haciendo que se tambaleara y cayera al piso. Octa sintió un dolor punzante en el brazo izquierdo. Rodó hacia un lado y volvió a ponerse de pie de un salto. ¿Dónde estaba el borde del acantilado? Una rápida mirada le reveló que se encontraba a pocos pasos de precipitarse a su perdición. Le palpitaba el brazo. La sangre se le filtraba a través de la manga de la armadura. La criatura lo había cortado. ¿Lo había mordido? No había tiempo para pensar. De nuevo se abalanzó sobre él. Octa levantó a Hrunting y lanzó un corte salvaje al pecho de la bestia que no hizo ningún esfuerzo por evitar el golpe. La hoja con dibujos de serpiente se estrelló contra ella. La espada no atravesó la carne, sino que se desvió con un estruendo. El *thegn* estaba preparado esta vez. No se dejaría caer al suelo y saltó lejos del ataque del monstruo.

Había un brillo de metal. ¿Qué era eso? El *nihtgenga* retrocedió un paso, tal vez temeroso de los destellos de Hrunting. Por un instante, se quedaron mirando el uno al otro, la tenebrosa bestia y el guerrero de cabello dorado. Octa observaba detenidamente a su adversario. La niebla era espesa, pero había suficiente luz para distinguir detalles que no había visto antes. El guerrero cambió de posición, alejándose de la mortal caída del acantilado. La cabeza del monstruo era como la de un jabalí, con el pelo áspero y los colmillos que sobresalían de las fauces abiertas. El enorme bulto estaba

cubierto de un pelaje grueso y apelmazado. De nuevo el brillo del metal. Octa se estremeció y abrió grande los ojos con sorpresa. El monstruo, quizás reaccionado frente al repentino descubrimiento del caballero, saltó hacia adelante con un aullido de rabia incontrolada.

La cabeza del joven guerrero daba vueltas, pero ahora sabía lo que debía hacer. Dejó que la criatura se acercara a él y, en el último momento, la esquivó y la golpeó hacia abajo con la espada. Sintió que la hoja impactaba y cortaba profundamente la carne suave y flexible. El caminante nocturno lanzó un grito que parecía humano y se giró para mirar al *thegn* una vez más. Su aliento caliente le ensombrecía el hocico. Ya no estaba protegido por la oscuridad. Mientras el tenue sol de invierno se filtraba a través de la niebla para iluminar a la criatura, Octa, de repente, estaba seguro de lo que había sospechado momentos antes; la bestia no era un monstruo.

Era un hombre, un hombre gigante con los ojos llenos de locura y la piel cubierta de fango y viejas vísceras. Quizás en sus pensamientos era más animal que hombre, pero un hombre, al fin y al cabo. Tenía la cabeza envuelta en un cráneo de jabalí, y una piel de oso le cubría los hombros y los brazos. Sus enormes manos estaban negras de suciedad y muerte, pero eran las manos de un ser humano. En cada una de ellas sujetaba un cuchillo de apariencia salvaje. Las hojas no brillaban con intensidad como lo hacía el hierro fino. Y aunque parecía que nunca las habían limpiado, las armas eran lo suficientemente afiladas. Octa podía sentir la sangre caliente que corría por el brazo izquierdo del demonio.

El brillo que el guerrero había visto bajo la piel de oso eran los eslabones de hierro de la cota de malla. La piel de la criatura no era de piedra. Donde el pelaje de animal terminaba, le corría sangre fresca por la pierna izquierda. En un abrir y cerrar de ojos, Octa se dio cuenta de lo que sucedía.

—Tu sangre es tan roja como la de cualquiera y hoy empapará la tierra —dijo el caballero—. Has matado por última vez. Los lobos y los cuervos recogerán tus huesos antes de que acabe el día.

El hombre bestia no respondió, simplemente rugió y corrió hacia Octa cortando el aire con las salvajes cuchillas en sus manos. ¡Qué

velocidad para alguien tan grande! Justo a tiempo, el *thegn* levantó a Hrunting, pero su enemigo se acercó tan rápido que no pudo golpearlo como quería. En lugar de eso, clavó la espada hacia delante en un intento frenético de atravesar la camisa tejida de hierro. La punta de Hrunting se deslizó entre los anillos, y todo el largo de la hoja se enterró a través de la gruesa piel de oso. La espada quedó atrapada e inútil. El guerrero soltó la empuñadura y agarró las muñecas del hombre. El caminante nocturno se estrelló contra él y cayeron sobre la hierba húmeda. Octa no podía respirar, sus pulmones se habían quedado sin aire y el enorme hombre estaba encima de él con su gran peso presionándole el pecho. El hombre del rey le sujetó las muñecas y empujó con todas sus fuerzas, pero sabía que esas malditas cuchillas cumplirían su objetivo. La criatura era demasiado fuerte, demasiado pesada.

Los ojos de la bestia se abrieron de par en par en un regocijo salvaje al sentir la victoria. Los cuchillos se movían de manera inexorable hacia la garganta descubierta de Octa. El pánico inundó al caballero como la bilis ácida y ardiente. Entonces, la criatura se echó a reír con el sonido a rocas que se chocaban entre sí que los había inundado de miedo cuando se perdieron en el pantano. El guerrero le vio los dientes, eran como lápidas manchadas de sangre en la boca abierta. El fétido aliento lo bañaba, un miasma de asesinato y carne humana.

Octa podía sentir que se le debilitaban las manos. Las cuchillas llenas de sangre le tocaban el cuello. Se movió, pero no pudo alejarlas. Moriría allí. Si tan solo pudiera respirar, tal vez encontraría la fuerza que necesitaba. Los fríos dedos de la muerte le arañaron el cuello. Su visión se tornó borrosa. Y entonces, el monstruo desapareció. Entre gritos y cuerpos que luchaban, se salió de encima de Octa quien se quedó allí parpadeando y respirando grandes bocanadas de aire húmedo y frío. ¿Qué había pasado? En ese momento, los sonidos se precipitaron sobre él como un mar agitado por la tormenta que choca contra un acantilado. Alguien estaba gritando. Era Bassus. Debía ayudar a su amigo. Se giró y se levantó. Sentía como si la cabeza no formara parte de él, pero

consiguió ponerse de pie. ¿Dónde estaba su espada? No la veía cerca.

A pocos pasos de distancia, el campeón del rey se enfrentaba al caminante nocturno. Lanzó un golpe en dirección a los ojos de la criatura. Fue un amague, que luego se deslizó en un ataque hacia el pecho. La cuchilla resonó sobre la camisa de hierro oculta, y la bestia dejó caer el hombro y se abalanzó sobre el caballero. Bassus quedó tirado en el suelo.

—¡No! —gritó Octa cuando recuperó el aliento—. Lleva una cota de malla y por eso no podemos cortarla. No es un monstruo. Es un hombre y sangra. Morirá.

El hombre bestia se volvió hacia Octa una vez más y se abalanzó sobre él sin dudarlo. El guerrero ni siquiera tuvo tiempo para desenvainar el arma. Levantó las manos para defenderse e intentó sujetar de nuevo las enormes muñecas de la criatura. La mano derecha encontró su objetivo, pero la izquierda falló, y sintió un dolor ardiente en el costado cuando el cuchillo lo cortó entre las costillas. El caminante nocturno chocó contra él. Octa amortiguó parte de la fuerza del impacto dando veloces pasos hacia atrás. No quería estar tirado en el suelo con ese monstruo en el pecho.

Se tambalearon hacia atrás durante un segundo, forcejeando entre ellos como si fueran luchadores después de un festín. Luego, el hombre del rey tuvo un mal presentimiento; se dio cuenta de que no quedaba espacio detrás para apoyar los pies. Sin tiempo ni para lanzar un grito, los dos, el *thegn* y la bestia, cayeron por el acantilado.

Diecisiete

Todo le daba vueltas. Algo duro golpeó a Octa en la mandíbula y le hizo sonar los dientes. Agitado y sin pensarlo, extendió la mano y se agarró de un espino amarillo. Una parte de él, la parte que era más bestia que hombre, recordó el acantilado que había escalado hace poco. Con una fuerza estremecedora, su pecho chocó contra las rocas de la pared del risco. Las costillas, llenas de sangre, lo hacían agonizar de dolor. Tenía ramas, espinas y hojas en los dedos que le rasgaban la piel de la palma de la mano. Unas pocas bayas que quedaban en la planta explotaron con un jugo espeso y aceitoso que se mezcló con la sangre de la piel desagarrada. Se detuvo. Una oleada de alivio lo inundó. Pero justo cuando pensó que estaba a salvo, la realidad de su desgracia se desplomó ante él. La mano no aguantaría su peso, así como estaba. Giró la cabeza y vio que el caminante nocturno, con su inhumana velocidad, había soltado las cuchillas y se aferraba a la capa. El guerrero era fuerte, pero no podría sostener semejante carga por mucho tiempo. Levantó el brazo y con la mano izquierda se agarró de las ramas del espino amarillo. Casi no se dio cuenta de que las espinas se le clavaron profundo en la carne. Así, con las dos manos sujetas al arbusto, haló. Pero fue inútil, no pudo subir. Guijarros y tierra se desprendieron de la base de la planta y le cayeron sobre los ojos. Parpadeó para quitarse la suciedad, tratando de no rendirse ante el pánico que amenazaba con envolverlo.

El hombre bestia gruñó y comenzó a trepar por la espalda del guerrero, una mano sobre la otra. Octa lanzó una patada para tratar de deshacerse de él. Cayó más tierra y ambos se desplazaron hacia abajo mientras las raíces del espino empezaban a soltarse del suelo. El *thegn* se quejó al rasparse de nuevo las costillas contra las rocas. Tenía un corte en el brazo izquierdo que le latía al ritmo del corazón.

—¡Por Woden! —siseó Octa con los dientes apretados—. ¡No vivirás para ver otra noche!

La bestia soltó una risa siniestra y ruidosa, y logró ponerse a

salvo con sus enormes manos manchadas de mugre. El hombre de Edwin no permitiría que la asquerosa criatura siguiera con vida. Había asesinado a muchos y había sembrado demasiado miedo sobre la tierra. Ahora, debía pagar el precio que todos los asesinos pagaban.

Octa soltó la mano izquierda y golpeó fuerte con el codo hacia abajo y hacia atrás alcanzando el cuello de caminante nocturno. La mano derecha se le resbalaba. Tenía la cota de malla empapada en sangre, pero el dolor había parado. Golpeaba a la bestia con el codo una y otra vez. La sangre del brazo herido salpicaba las fauces del cráneo de jabalí. Los colmillos se clavaban en la carne del *thegn* con cada golpe. Sin dejar que la criatura se recuperara, lanzaba un golpe tras otro y le pegaba salvajemente en el cuello, la cabeza y el hombro. El sufrimiento en su hombro derecho hacía que gritara en silencio y sus dedos arrancaban las ramas que quedaban del espino. Con seguridad, los dos caerían. Pero Octa no se detuvo. Alguien gritaba con un sonido gutural y desgarrador. Con una sensación de asombro, se dio cuenta de que era su voz la que rasgaba el aire cubierto de niebla. Siguió atacando al asesino, hasta que, sin previo aviso, la bestia soltó la mano derecha de la capa. El cuerpo del *nihtgenga* se movía, y el guerrero estaba seguro de que ese era el momento en el que no podría seguir agarrado y caerían hasta donde podía oír el ir y venir de las olas que rompían en las rocas ocultas más abajo.

Bajó la mirada y vio los ojos enrojecidos y oscuros del caminante nocturno que ardían con terrible ira. Tenía la mano izquierda envuelta con firmeza en la lana húmeda de la capa de Octa, y la mano derecha estaba cerrada en un puño enorme y nudoso. Durante un instante, la criatura clavó la mirada en el *thegn* y luego, con una ligera sonrisa en sus labios ensangrentados, le hundió el puño en la espalda, entre los omóplatos. El joven guerrero sintió como si un árbol que caía lo hubiese golpeado. Una vez más, sus pulmones se quedaron sin aire y puntos oscuros le empañaron la visión. Su agarre se soltó del arbusto espinoso.

Esos ojos. La bestia estaba realmente loca. ¿Era siquiera un

hombre después de todo? Tal vez Paulinus tenía razón y era un descendiente de Caín, un monstruo mítico de un tiempo lejano y perdido. Una vez más, la criatura soltó su risa que sonaba como bloques de piedras que crujían. Octa sabía que no sería capaz de aguantar si lo golpeaba de nuevo. Ya no tenía fuerza. Apenas podía respirar, y una cruel agonía le recorría el hombro y el brazo por el esfuerzo. El *nihtgenga* levantó su gran puño. El hombre del rey cerró los ojos. Estaba agotado. No aguantaba más. Pero el golpe no llegó.

—¡Muere, cosa asquerosa, muere! —gritó Bassus.

Octa abrió los ojos para ver al gran *thegn* salir de la niebla. En la mano le destellaba la fina espada grabada con diseños que abanicó de manera salvaje dibujando un arco. Se escuchó el ruido seco de la hoja al cercenar el brazo de la criatura, y la sangre caliente cayó sobre la cara y la espalda de Octa. De repente, el peso de la bestia se desprendió de él. El hombre loco del pantano, el *nihtgenga,* el que acosa en las sombras cayó sin hacer ruido. La niebla se lo tragó en un instante. El joven guerrero respiró con fuerza. Le tiritaba todo el cuerpo.

—No creo que pueda levantarme —dijo con voz temblorosa al igual que sus brazos.

Bassus se arrodilló rápidamente y le tendió la mano.

—Te tengo —le dijo.

Tiró de él, y Octa cayó sobre la tierra húmeda, todavía luchando por respirar. Algo le oprimía la espalda, así que llevó la mano hasta allí solo para quitarla con un grito de terror. Sus dedos habían rozado el brazo aún caliente, musculoso y con pelos erizados de la bestia. Seguía ahí, rezumando sangre espesa, enredado en la capa donde Bassus lo había cortado.

Dieciocho

—Puede que fuera fuerte como un buey y loco como un uro —dijo Gram observando el brazo cortado—, pero apuesto a que no podría sobrevivir con esa herida después de estrellarse contra las rocas de ahí abajo.

Octa seguía temblando cuando Wealhtheow y Gram salieron de la niebla; se movía de forma incontrolada. Se cubrió con la capa, pero no podía dejar de sacudirse. Le castañeteaban los dientes. Se había sentado porque no confiaba en sus piernas para mantenerse de pie. Wealhtheow miró al brazo con ojos enormes y llorosos. Pero no habló.

—¿Y Unferth? —preguntó Gram.

Bassus miró en la neblina, hacia el oeste en el pantano. Carraspeó y escupió.

—Huyó —le respondió Bassus.

Gram no parecía sorprendido. Se arrodilló junto a Octa, y hurgó en la bolsa que llevaba.

—Si no vendamos tus heridas, morirás muy pronto al igual que la bestia. Estás pálido y débil como un cordero recién nacido. —Sacó una túnica y rasgó la tela con el cuchillo.

La mente de Octa divagaba. Miró más allá de Gram, en la niebla que se arremolinaba. Debía estar soñando. Recordaba haber tenido fiebre cuando era niño y ver cosas que su madre le dijo que no existían. Había visto criaturas tenebrosas de pie al final de su cama, con los ojos rojos fijos en el lugar donde estaba acostado empapado de sudor, temblando y llorando de miedo.

—No hay nada allí, hijo mío —le había dicho su madre, pero él nunca le creyó del todo. Sabía lo que había visto.

Ahora, el joven guerrero volvía a ver una sombra raquítica y encorvada en la niebla que venía hacia ellos. A medida que se acercaba, se hacía cada vez más nítida y tomaba forma. Recogió de la hierba la lanza de Unferth y vio lo que en verdad era. No era una criatura sombría que se aproximaba a un niño afiebrado, era Modthrith.

La esposa de Hrothgar avanzó rápido con pasos silenciosos sobre el suave pastizal. Octa quiso dar un grito de aviso, pero tenía la lengua pegada al paladar. La mujer corrió hacia Bassus con furia salvaje que ardía en sus ojos; furia enloquecida que Octa reconoció. Wealhtheow rompió el silencio con un grito.

—¡No, madre!

Bassus se dio vuelta. La punta de la lanza brillaba ante la débil y pálida luz del sol.

—¡Mi hijo! —clamó Modthrith—. ¡Mataste a mi hermoso hijo!

La lanza se dirigió al corazón de Bassus, pero con la gracia de un guerrero, giró el cuerpo y la punta pasó junto a él sin hacerle daño. Tomó el mango del arma y se levantó. Usando la velocidad de Modthrith contra ella, antes de que pudiera reaccionar, Bassus la empujó hacia adelante, lejos de él y sobre el borde del acantilado. La mujer perdió la lanza y, por un instante, pareció que flotaba en la niebla. Luego, desapareció con un llanto de ira y fracaso. Un segundo más tarde, no se escuchó nada más.

Wealhtheow se acercó al borde del risco y miró hacia abajo en la oscuridad.

—Pobre madre —dijo.

Retrocedió. Se acercó al brazo retorcido que yacía en la tierra y le acarició la mano. Una lágrima se deslizó por su pálida mejilla.

—Pobre Grendel.

Diecinueve

Octa dejó que el calor del gran fuego de la chimenea le impregnara los huesos. Por lo general, prefería sentarse más lejos del hogar cuando el fuego estaba avivado y ardiendo, pero el frío se había apoderado de él en el viaje de regreso a Gefrin. Para cuando llegaron, había temblado sin parar. Temía no poder entrar en calor. Pero había dejado de tiritar. El buen hidromiel en su cuerno para beber y el espeso y sabroso guiso en su vientre lo reconfortaban tanto como el fuego para calentarse. Elda volvió a verter aguamiel en el recipiente con una tímida sonrisa que el guerrero apenas notó. Tenía la cabeza llena de recuerdos recientes y no podía librarse de ellos.

Estiró los músculos de la espalda y protestó, arrepentido del movimiento. El golpe del *nihtgenga* le había dejado un enorme moretón, y las curaciones en las costillas no le aliviaban el dolor ardiente del corte que había recibido. Tenía las manos envueltas en tiras de lino limpias. Las espinas de la planta le habían dejado las palmas desgarradas y en carne viva. Tomó otro sorbo del dulce hidromiel y se quedó mirando las llamas que danzaban y arrojaban chispas al aire. Cerró los ojos y pudo ver en el cielo que se oscurecía el humo ondeando de la morada de Hrothgar.

—¿Crees que volveremos a ver a Hrothgar y a sus otros hijos?

Octa abrió los ojos y miró a Bassus. El campeón del rey estaba callado, más tranquilo de lo normal. Los acontecimientos de los últimos días los habían afectado a todos.

—Espero que no —respondió Octa—. Me gustaría olvidar a Hrothgar y a su familia, si es posible.

Bassus asintió y bebió un largo trago de su copa.

Después de que Gram había vendado las heridas de Octa, se pusieron en marcha hacia la casa de Hrothgar en el pantano. Cuando la niebla se disipó, vieron una oscura columna de humo y la siguieron como si fuera un faro. Todas las construcciones ardían en llamas. No había rastro de Hrothgar ni de sus hijos. Octa se sorprendió al ver que el hombre había prestado atención a la

advertencia de Bassus sobre los caballos del rey. Estaban atados cerca, pero a salvo, bastante lejos del fuego. Los animales tenían los ojos en blanco por miedo al gran incendio, y se notaron aliviados cuando cabalgaron lejos del pantano.

Wealhtheow había contemplado en silencio su antigua casa mientras el tejado cubierto de tepes se derrumbaba en una explosión de chispas y humo. No había vuelto a decir una palabra desde la cima del acantilado. Ahora, en el gran salón, Octa miraba hacia donde estaba sentada en el otro extremo. Se encontraba en la misma posición como cuando la encontraron en la cueva, con las rodillas pegadas al pecho y los oscuros ojos viéndolo todo. Sus miradas se cruzaron y el guerrero contuvo un escalofrío.

Sin decir nada, los ojos de la muchacha se dirigieron al espeluznante trofeo que llamaba la atención en la sala. El brazo de Grendel, musculoso, manchado y pálido de muerte, aún emanando el poder del hombre bestia, colgaba con la mano hacia abajo de la viga donde lo habían clavado. Edwin se regocijó al ver que habían regresado con una prueba de que el caminante nocturno estaba muerto.

—¡Asesinaron a la gran bestia! —dijo con voz llena de alabanzas —. ¿Acaso no tengo al séquito más valiente? —preguntó a los habitantes de la sala.

Los hombres y las mujeres que estaban reunidos aclamaron a su rey y a los guerreros. La oscuridad de las noches de invierno era un poco más segura ahora.

—No era una bestia, mi señor —sostuvo Bassus acercándose al brazo—. Era un hombre malvado y loco, pero un hombre después de todo.

Todos en el salón hicieron silencio. Edwin frunció el ceño.

—¿De verdad? Pero ¿dónde está Wiglaf, el Rápido? ¿Qué le sucedió al valiente de Unferth? ¿Un simple hombre los asesinó?

Octa recordó el poder de Grendel, el enorme cuerpo bajo las pieles enmarañadas y la camisa de hierro. Recordó la locura ardiente en sus ojos. ¿En realidad era solo un hombre?

—Lo siento, Wiglaf cayó —dijo Bassus.

—¿Y Unferth, el más confiable de los caballeros? ¿Qué pasó con él? —El rey arrugó las cejas.

Bassus respiró hondo y le entregó a Hrunting al rey.

—Él también cayó —dijo finalmente.

Octa se sorprendió al escuchar las palabras de Bassus, pero luego asintió para sí mismo. ¿Por qué hablar de la cobardía de Unferth? ¿Por qué avergonzarlo? Si seguía con vida, nunca volvería a la sala de Edwin. Era tan cobarde que había abandonado a sus compañeros de batalla y no mostraría su cara de nuevo. Edwin contempló la fina hoja de la espada con una expresión de tristeza. Luego, se puso de pie.

—Han hecho un gran trabajo para mí y para el pueblo de Bernicia. Han sufrido mucho en la búsqueda para librarnos del *nihtgenga*. Descansen y llenen sus barrigas con comida caliente. Calmen su sed con mi mejor hidromiel. Serán bien recompensados por haber matado al monstruo, pero por ahora, recuperen sus fuerzas. Festejen y alégrense porque ya no debemos tener miedo en las noches de invierno. La bestia está muerta. —Levantó el pálido brazo y la sala lo ovacionó.

Ahora que ya no temblaba, Octa sintió que una marea de cansancio lo invadía. Necesitaba dormir. Esperaba no soñar con los ojos desquiciados de la criatura y el gran peso que lo jalaba hacia abajo, y el espino de mar que le desgarraba los dedos. Pero primero necesitaba orinar. Se empujó para ponerse de pie e hizo una mueca de dolor por las heridas en el brazo, las costillas y la espalda. Caminó con rigidez hacia la puerta del salón. Una pequeña figura corrió a su lado cuando abandonó el calor de lugar y entró en el aire helado de la noche de Northumbria. Era Ælfhere, el poeta. Los ojos del hombre brillaban de emoción como las estrellas en el cielo sin nubes sobre las colinas que rodeaban a Gefrin. Se puso al lado de Octa.

—¿Te importa si voy contigo? —dijo Ælfhere.

El caballero no estaba de humor para bromas.

—Haz lo que quieras, poeta. —Su aliento se nubló ante él—. Si necesitas orinar, necesitas orinar. No es asunto mío.

Ælfhere se rio y Octa frunció el ceño. El hombre era un talentoso narrador que contaba buenas historias, pero su frivolidad irritaba al guerrero con frecuencia.

—Dijiste que el nombre de la bestia era Grendel, ¿cierto? —preguntó Ælfhere.

—No lo dije, pero sí. Grendel, así lo llamaba Wealhtheow.

—Wealhtheow, sí. —El poeta, sin aliento, casi que corría para seguir las largas zancadas de Octa—. Nombres interesantes. Buenos nombres.

Octa lo ignoraba y seguía caminando en silencio. El hombrecito trotaba a su lado, aparentemente incapaz de callarse.

—¿Hrothgar era el padre de la bestia?

—No era una bestia, era solo un hombre.

—Sí, sí. Pero en la historia será una bestia. Un gran monstruo. Un gigante que desciende de Caín, ¿no fue así como lo llamó el sacerdote cristiano?

Habían caminado lo suficiente. Octa se detuvo y se bajó los pantalones. Con un suspiro de placer, liberó la presión de su vejiga. Salió vapor de la hierba escarchada. Notó que Ælfhere no se unió a él, así que no tenía ganas de orinar.

—¿Me puedes contar la historia de este monstruo que desciende de Caín? —preguntó Octa al mismo tiempo que se subía la ropa.

—Por supuesto. Llevo mucho tiempo soñando con una gran saga. Una historia en tierras lejanas. De gautas y pueblos germanos del norte. De dragones y monstruos. Pero necesitaba algo más.

—¿Y este Grendel es lo que necesitabas? —El caballero escupió y se dio la vuelta para regresar a la sala. El sonido de risas y voces los alcanzó en el aire quieto y frío.

—¡Oh, sí! —Los ojos de Ælfhere brillaban—. Puedo ver cómo el cuento se forma en mi mente. El monstruo, descendiente de Caín, ataca al rey y a sus huéspedes en el gran salón.

—Pero eso no fue lo que sucedió —respondió Octa. No tenía tiempo para el pequeño charlatán. Trató de adelantarse, pero Ælfhere se interpuso en su camino.

—Será más grandioso de lo que sucedió, como lo son todos los

mejores cuentos. —Volvió a reírse—. Todavía estoy buscando un nombre para el héroe de la historia. Un guerrero alto y justo que mate a la bestia y libere al reino.

Ælfhere observó a Octa de arriba abajo con interés.

—Yo no. No quiero que me recuerden por matar a un loco y a su madre. —Justo entonces un pensamiento se le vino a la cabeza. Todo lo que deseaba era librarse del molesto hombre para volver a la sala y encontrar un lugar donde dormir. Se imaginó a su hermano, en Cantware, tan ansioso de convertirse en guerrero. Él también era alto, justo y fuerte. ¿Acaso no le gustaría ser el héroe del cuento del poeta?

—¿Qué tal Beobrand? —dijo.

—¿Para el héroe? Mmm... —Ælfhere se rascó la barba e inclinó la cabeza, como si escuchara el sonido del nombre—. Beobrand. Beobrand. No, no es adecuado. Beo... Beo...

A lo lejos, en las colinas que rodeaban el asentamiento, un lobo aulló. El largo y quejumbroso llamado les recordaba que la noche no estaba a salvo de todo peligro. Durante un momento, los dos se quedaron escuchando el eco del aullido quejoso del animal.

—Mmm... un *wulf*, un lobo —dijo Ælfhere—. Sí, eso puede servir.

Octa lo miró. El hombrecito estaba casi saltando de un pie a otro de alegría.

—¿Qué? ¿Qué podría servir? —preguntó el caballero con el mismo entusiasmo del poeta, a pesar de que no le interesaba.

—¡El nombre del héroe! —respondió Ælfhere con tono alegre—. ¡Ya lo tengo! Se llamará... ¡Beowulf!

Nota del autor

Se desconoce la fecha exacta de la composición del épico poema *Beowulf*. Hygelac, el primer amo del guerrero nórdico, fue, al igual que otros personajes del poema, una persona real que murió en el año 521 d. C., según los anales francos. El único manuscrito que ha llegado hasta nuestros días data de alrededor del año 1000 y se encuentra en el Códice Nowell, en la Biblioteca Británica. Este relato es considerado una de las piezas más importantes de la literatura inglesa antigua. En 1731 se encontraba en una colección de manuscritos medievales reunida por sir Robert Bruce Cotton, y casi se pierde cuando se dañó en un incendio que arrasó con Ashburnham House en Londres. Si bien no hay acuerdo sobre su fecha de creación, la mayoría de los estudiosos coinciden en que se transmitió durante generaciones como parte de la rica tradición oral de los anglosajones.

Los hechos narrados en el poema no suceden realmente en Gran Bretaña, a pesar de que está escrito en inglés antiguo. Más bien, se remonta al pasado lejano y a las tierras de los antepasados de las tribus germánicas que se asentaron en las Islas Británicas. La historia transcurre en Dinamarca y Suecia. Es una saga fabulosa, cargada de fuertes imágenes de salas de hidromiel, guerreros, señores que conceden anillos y, por supuesto, monstruos. Ha servido de inspiración para innumerables obras de ficción, desde *El Señor de los Anillos*, de Tolkien, hasta las recientes películas y series de televisión que han intentado dar vida a este magnífico manuscrito.

El origen de mi relato de una parte de la historia de *Beowulf*, o más exactamente, mi relato de los incidentes que podrían haber inspirado parte de la historia, surgió cuando un lector que había leído unos de mis libros, *The Serpent Sword*, se puso en contacto conmigo y me preguntó: «¿La espada de la novela es Hrunting?». La verdad es que quería utilizar un nombre real para la famosa espada de mi libro, y descubrí que había pocos nombres semejantes. Hay otros. Y aunque la idea de crear un nombre también resultaba tentadora, al final elegí uno de *Beowulf*, ya que me gustó la alusión a

la mitología de la espada y el hecho de que no siempre sirve bien a su amo. Sin embargo, la pregunta de mi lector me seguía dando vueltas en la cabeza: ¿Y si era la espada Hrunting? ¿Y si era parte de la inspiración del poema de *Beowulf*? Tal vez el manuscrito fue compuesto en Gran Bretaña por un poeta que quería recordarle al pueblo su ilustre pasado. ¿Habría para mí una forma de contar la historia sin tener que recurrir a los reinos de la fantasía, los dragones y los ogros? Seguí escribiendo la tercera novela de *Las Crónicas de Bernicia*, *Blood and Blade*, pero mientras tanto, en el fondo de mi mente, germinaban las semillas de la historia que se convertiría en *De la Casta de Caín*. Esta novela es una fantasía de los acontecimientos que tal vez hicieron surgir la musa de un narrador hace más de mil años.

La gente del siglo VII creía en monstruos que acechaban en la noche y merodeaban por los lugares solitarios de los bosques, pantanos y páramos. Las personas y los animales eran asesinados en ataques salvajes sin testigos, por lo que no creo que sea improbable que las muertes se atribuyeran a todo tipo de criaturas mágicas y terribles. A fin de cuentas, pensemos en la histeria que se apoderó de Londres durante los asesinatos de Whitechapel en el siglo XIX, y en las diferentes y extrañas identidades que la gente ideó para el huidizo Jack el Destripador. No es necesario hacer un gran esfuerzo para creer que algo así ocurría en la escasamente poblada tierra de Northumbria, donde tal vez, solo tal vez, un poeta podría haber estado considerando ideas para una saga sobre un guerrero de renombre que se convertiría en un gran rey. Un hombre que mataría monstruos y dragones, y guiaría a su pueblo con honor. Puede que la historia y el personaje de *Beowulf* no fueran solo producto de la imaginación de un poeta, puede que realmente, en los más oscuros confines del pasado, existiera un guerrero que luchara y matara al descendiente de Caín.

Agradecimientos

En primer lugar, como siempre, quiero darles las gracias a ustedes, queridos lectores, por elegir este libro y leerlo. Espero que lo hayan disfrutado. Si fue así, por favor, hablen de él con otras personas y, si quieren ser excepcionalmente amables, dejen una breve reseña en el sitio de venta en línea. Las reseñas y valoraciones realmente ayudan a los nuevos lectores a decidir si van a dedicar horas de su vida a la lectura de un libro, así que los comentarios en línea marcan la diferencia. También quiero agradecer a James Webb por preguntarme sobre Hrunting, lo que hizo volar mi imaginación. Al igual que siempre, entregué el libro a varios lectores de prueba, de modo que gracias a Gareth Jones, Graham Glendinning, Richard Ward, Shane Smart, Emmett Carter, Alex Forbes y Simon Blunsdon por leer los primeros borradores y aportar sus comentarios, los cuales fueron extremadamente útiles para ayudar a pulir la versión final. Son demasiados para mencionarlos aquí por su nombre, pero debo dar las gracias a todos los autores y lectores de ficción histórica que siempre prestan un gran apoyo en línea. Todo el proceso de escritura sería mucho más solitario y difícil sin el compañerismo de tantos amigos del enorme mundo virtual de Internet. Y, por último, un agradecimiento muy especial a mi familia, Elora, Iona y Maite, por todo su amor, aliento, apoyo y, por supuesto, por aguantarme.

Acerca de Matthew Harffy

MATTHEW HARFFY trabajó en el sector de la informática. Se pasaba el día escribiendo y editando, pero no las palabras que más le interesaban. Anteriormente, trabajó en España como profesor de inglés y traductor. Matthew vive en Wiltshire, Inglaterra, con su esposa y sus dos hijas.

www.matthewharffy.com